

S
S
SERVICIO SECRETO

R. CORTIHA

B&



NO TE FIES DE LAS DAMAS
joe mogar

NO TE FIES DE LAS DAMAS

JOE MOGAR

NO TE FIES
DE LAS DAMAS

1.^a EDICION
JULIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15044 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 3123/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

687 — Raza condenada. 723 — El hombre de Los Angeles. 733 — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:

328 — Atraco en Whitley. 348 — Plomo bajo la piel. 393 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

601 — Muerte para una damisela. 609 — Las damas también matan. 621 — «Gangsters» de Broadway.

En Colección CALIFORNIA:

147 — El hombre que compró Cheyenne. 167 — Un rancho en apuros. 275 — La dama del puma.

En Colección TEXAS:

226 — El diablo a caballo. 245 — El sustituto del muerto. 313 — El valle del diablo.

En Colección COLORADO:

223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:

107 — ...Y el pistolero volvió. 146 — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:

35 — Viento del Sur. 39 — Dos tumbas en Cheyenne. 70 — Un hombre llamado Devil.

No te fíes de las DAMAS

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

La primera vez que oí la frase fue hace muchos años y en boca de mi padre. Por una jugarreta que le hizo al que me dio el ser, jugarreta que no recuerdo.

Después, en el transcurso de mi vida, lo he oído un sinfín de veces. Ahora el que lo dice soy yo.

Empecé a pensar en la frase, seriamente, cuando a los veintiún años me encerraron en Alcatraz, para salir ahora, al cabo de diez, con treinta y uno sobre los hombros, y mil dólares en el bolsillo.

No es mucho dinero si se tiene en cuenta lo que son Las Vegas. Si se tiene en cuenta que hay que buscar a una mujer.

Una pelirroja.

Una pelirroja que tiene de todo, y aún le sobra.

Como Marilyn Monroe.

Como Jane Mansfield, o como la «Lollo».

Con un cuerpo de ensueño. Con una pierna de maravilla. Con una fachada como para producir un cataclismo.

Una mujer como no hay dos. Una mujer en la que he estado soñando durante todas las noches de estos diez años de infierno... En fin, una mujer que estoy seguro no me ha sido fiel en todo este tiempo.

No me importa. Sé que ninguna puede serle fiel eternamente a un hombre, y más si éste está empezando a pudrirse en Alcatraz.

En fin, en líneas generales, ésta es Alvia Callowan. Una dama que ahora está en Las Vegas, según mis informes. Una dama que puede decirme bien claro algo que yo quiero y debo saber.

Después... tal vez la mate.

Siento odio por todo y contra todos. Por la ley, en particular. Por la policía, y por los tres hombres que hoy también están en Las Vegas.

Puede que Alvia no quiera hablar. Puede que sea la chica de

alguno de ellos y prefiera callar, por no traicionarle a él, traicionándome a mí.

Pensando en esto, sentí unas ganas locas de reír, preguntándome al mismo tiempo si llegado el caso sabría hacerlo.

Miré ahora la calle donde me encontraba. Lakeland Street. Seguí caminando en dirección a la famosa calle Fremond, nido de tahúres, mujeres hermosas, busconas y pájaras de todas clases.

Con sus luces, sus casinos, sus salas de juego y sus cosas inconfesables.

Penetré en ella.

Buscar a Alvia allí era como hacerlo en un pajar, si ella fuera la aguja del refrán.

Entrar donde yo sabía, tampoco me venía en gana, por el momento. Antes quería hablar con Alvia.

Mil dólares. Decididamente, poco dinero.

Pero aun así, tomé un taxi y di la dirección de la calle Lambert.

Una cuadra antes de llegar al apartamento de Alvia, cuyas señas tenía en el bolsillo, avisé al taxista para que se detuviera.

Pagué, descendí del carruaje, y lentamente empecé a caminar en aquella dirección.

El número era el 1008 y me aposté frente a él, pensando acertadamente que una mujer como Alvia, que sabía vivir, que ya sabía hacerlo cuando yo la conocí, no podía estar a aquellas horas en su casa. Ella empezaba a vivir tal vez a partir de las nueve de la noche.

Por otra parte, en Las Vegas no hay ley alguna contra el hombre o mujer que desee estacionarse en cualquier lugar, sin moverse de allí hasta la consumición de los siglos.

Esto me venía bien, estaba dispuesto a esperar en aquel portal, hasta el día siguiente. Si no aparecía, esperaría hasta que abrieran la puerta que daba acceso a la escalera, y entonces subiría a verla.

Alvia.

La mujer con la que yo soñaba cada día. La mujer que deseaba como a nada en el mundo, después de no haber visto a ninguna durante aquellos diez años encerrado en aquella isla del diablo.

Fumé pensando en ella más de ocho cigarrillos antes de que un lujoso «Cadillac» aparcara frente al número de su casa.

Entonces la vi. Con la luz del «tablier» del automóvil. Iba con un

tipo al que no pude ver, ya que quedó de espaldas, pero sí pude ver cómo ella le enlazaba los brazos al cuello y se dejaba besar.

Volví la cara a otro lado. Puede que dentro de poco, Alvia hiciera lo mismo conmigo. Con un expresidiario. Sentí asco de ella, del tipo del «Cadillac» y de mí mismo.

Volví a mirar. Alvia se separaba ahora, pero fue para besarle de nuevo por propia iniciativa.

Con claridad distinguí el suave movimiento de su hermoso seno cuando se separó de nuevo, y vi cómo reía. Finalmente, descendió. El ruido de la portezuela al cerrarse llegó a mis oídos, y casi al instante el zumbido del motor al arrancar suavemente.

Esperé a que el tipo se hubiera alejado un poco y atravesé la calle rápidamente. Alvia estaba abriendo la puerta de la escalera cuando llegué a su lado.

—Hola, Alvia —dije.

Se sobresaltó y se volvió hacia mí.

Sus ojos, grandes y rasgados, color avellana, iniciaron un parpadeo.

—¡Cliff! ¡Cliff Kerr!... Vamos, pasa, querido. No te quedes ahí.

No deseaba otra cosa. También deseaba acariciarla, pero no me atreví, a pesar de lo que en tiempos había representado para mí.

Nos metimos en el ascensor en el más completo silencio.

Su apartamento.

Un sueño.

Un lujoso sueño, lleno de costosos muebles, de costosas cortinas, de buenos cuadros y de buen *whisky*, como comprobé después.

Una radiogramola y un aparato de televisión último modelo.

Pensé en quién le pagaría todo aquello, pero no lo dije, porque ella me interrumpió cuando llegamos al «*living*».

—Siéntate, Cliff —dijo—. En seguida vuelvo.

Se fue, dejándome solo. Seguí mirando en torno.

Sí, Alvia estaba acostumbrada a gastar. Ahora más que cuando yo la conocí. Pocos dólares eran mil para ella. Pocos. Lo mismo que nada.

Me retapé contra el respaldo del sofá y esperé.

Esperé durante una media hora, pero mereció haberlo hecho.

Alvia apareció viniendo de lo que después supe que era su dormitorio. Se había soltado su pelo, y su maravilloso cuerpo estaba

enfundado en una nube azul de nylon. Nada más.

Fue al mueble bar y sacó dos vasos y una botella de *whisky* escocés legítimo.

Los llenó, sacó cigarrillos y se sentó a mi lado, tan cerca, que sentí el tibio calor de su cuerpo.

Me miró a los ojos y bebió un sorbo. Después, sonrió.

—Has cambiado mucho, Cliff.

Instantáneamente supe lo que quería decir.

Antes apenas era lo que puede llamarse un hombre. Ahora, con treinta y un años, mido seis pies y cuatro pulgadas, y peso unas trescientas libras. Antes mi pelo era completamente negro, y ahora tengo las sienes blancas.

Mis músculos, habituados al trabajo de la penitenciaría, se han convertido en acero. Me siento y me creo capaz de matar a un hombre corriente con mis propias manos.

Sí, tal vez tenga que empezar por ella. Por retorcerle aquel hermoso cuello de cisne. Por sentir entre mis brazos su sinuoso cuerpo bajo las últimas contorsiones de la agonía.

Nada de eso dije. Simplemente, repliqué:

—Diez años son muchos años, Alvia. Diez años en un infierno, soñando a todas horas contigo. Cada minuto. De la noche a la mañana y de la mañana a la noche. ¿Para qué? Para terminar algo que apenas empezó. Y me refiero a nosotros, nena.

Alvia levantó el vaso y bebió mirándome por encima del borde del mismo.

Al acabar, susurró:

—Comprende, Cliff. Yo..., nosotros... En fin ha sido mucho tiempo. No podía serle fiel en modo alguno. Tenía que vivir. Tengo que vivir aún. Lo nuestro... ¡Oh, Cliff! ¿Por qué no tratas de comprender? Ha habido otros, si no fuera por eso, las cosas podían seguir igual.

Deseaba atraerla contra mi pecho con la misma intensidad que eliminarla del mapa, y no por lo que me había dicho. Eso ya lo suponía yo. Si no por algo más. Por algo que hacía para mí, de una simple frase como: «No te fíes de las damas», algo más profundo, más tangible, algo que era una verdad como un templo, y no una simple frase de rutina.

CAPÍTULO II

—He soñado contigo y sigo soñando aún, Alvia —fue lo que repliqué—. Pero temo que todo haya terminado —miré atentamente en torno, con descaro, esperando que ella se diera cuenta. Después agregué—. Si no, ¿quién paga todo este lujo. Alvia? ¿Quién es el de turno?

—¡Cliff! Por favor, no digas eso. Ahora, no hay nadie. Esto lo pago yo. Trabajo, Cliff. En el «Mochuelo».

Pensé unos segundos. Lo deseaba, pero aún no me fiaba. No me fiaría nunca de ella, ni de sus palabras.

—El «Mochuelo» es una de las mejores salas de juego de Las Vegas, ricura.

—Sí, lo es. Pero también hay atracciones y juego, Cliff. Y mujeres hermosas. Con todo lo que hace falta..., y lo que no hace. Soy bailarina del «Mochuelo».

La miré de pies a cabeza. Luego recreé mis ojos, aunque no era tan interesante, en el «living». En el lujo que había por doquier.

Aquello costaba un ojo de la cara. Demasiados dólares para una bailarina. Pensé en el tipo del «Cadillac».

—¿Cuál es tu especialidad para ganar ese montón de dólares que hace falta para amueblar todo esto, ricura?

Bebió un poco antes de replicar:

—Abanicos, Cliff. ¿Comprendes?

La miré de nuevo. De pies a cabeza.

—Sí, Alvia. Ahora sí comprendo. Con un cuerpo y unas piernas como las tuyas, eso es fácil.

Decía en aquél entonces la verdad. Exactamente lo que estaba pensando.

Ella, entre tanto, se había acercado más. Parecía ahora obsesionada por una idea fija, ya que repitió.

—No pude, Cliff. Deseaba y necesitaba vivir. Yo...

La atajé con un gesto.

Era lo mismo que antes. Lo mismo que si no hubieran pasado en torno a nosotros aquellos diez infernales años.

Tanto es así que los olvidé. Los olvidé en aquel entonces. Así como también olvidé la cuenta pendiente que ella tenía conmigo.

Mi refrán de: «No te fíes de las damas», no me sirvió de nada en aquel momento, ni durante mucho tiempo después.

Tal vez porque nadie que la conociera, podría llamar dama a una mujer como Alvia Callowan. Tal vez porque no dejo de ser un estúpido.

Cuando desperté al día siguiente, Alvia estaba en la cocina. Terminaba de hacer el desayuno cuando penetré en el interior, tomándola por los desnudos hombros.

La obligué a volverse y entonces la besé en los labios.

Correspondió llamándome loco al terminar, y luego me empujó fuera.

—¡Largo! ¡Fuera de aquí, Cliff! Anda, déjame terminar con el desayuno.

Salí sin sonreír siquiera.

¿Qué guardaba ella?

No lo sabía. Pero durante aquella noche había pensado más de una vez en ello. Sería una lástima que tuviera que liquidarla al final.

A una mujer como ella.

Con todo lo que tenía, y colocado sin estridencias en los sitios más a propósito. Con aquel endiablado cuerpo de sirena.

Esperé, no más de media hora. Al fin Alvia hizo su aparición trayendo el desayuno.

Nos sentamos en la mesita en el más completo silencio, que rompí un largo rato después, con una pregunta, que la sobresaltó tal y como yo esperaba.

—¿Qué sabes de Al Bennister y Aldo Riconti, Alvia?

Me miró a los ojos, y volvió a sobresaltarse. Leí su pensamiento como si se tratara de un libro.

«Ojos de asesino». «Tiene ojos de asesino».

Eso pensaba.

Sí, puede que sea cierto. Puede que antes de acabar lo que me había propuesto desde que salí de Alcatraz, tuviera que matar a

alguien más, incluyéndola a ella como ya había pensado varias veces.

—¡Cliff! ¡Espero que no te enfrentarás con ellos!, ¿verdad?

La miré por encima de la humeante taza de café.

—¿Y qué si así fuera, Alvia? ¿Es acaso uno de los dos el tipo que te besó anoche en el interior de un bonito y costoso «Cadillac»? ¿Es el primo que paga todos tus gastos y tus lujos?

Se puso en pie de un salto tirando sobre el mantel media taza de café.

No reparó en ello. Sus ojos estaban prendidos en los míos.

Pero no dijo ni estalló como yo esperaba. Simplemente me replicó con voz suave:

—Te voy a perdonar, Cliff —dije—. Te has vuelto muy desagradable, pero lo comprendo y te disculpo. Ha habido varios, pero ninguno de ellos. ¿Entiendes? Ninguno de los dos. Y por última vez voy a decirte que este apartamento lo pago yo.

—¡Siéntate, Alvia! Siéntate y no te sulfures, ricura —repliqué—. Vi que alguien te besó anoche, y por eso hice la pregunta. Ahora, si deseas callar, poco me importa. Más que poco, nada.

—Te he dicho lo que había, Cliff. Ese hombre nada significa para mí. Es un amigo, en el buen sentido de la palabra, hasta ahora. ¿Me besó? De acuerdo, pero no hay nada más.

La miré mientras se sentaba. Cuando llevó la taza de café a la boca, pregunté de nuevo:

—¿Qué hay de Al Bennister y Aldo Riconti, Alvia?

Me miró por encima de la taza. En sus ojos me pareció ver algo parecido al miedo.

¿Qué ocultaba?

Replicó antes que llegara a darme una respuesta satisfactoria, contando conque yo mismo hubiera podido hacerlo:

—Están en Las Vegas como ya sabes. Cada uno de ellos tiene un establecimiento de juego. Han prosperado mucho desde entonces, Cliff. En la calle Fremond. El de Aldo Riconti es el «Orleáns», El de Bennister...

Vacilé y yo completé la respuesta.

—El «Mochuelo», ricura.

No me replicó. ¿Para qué iba a hacerlo si sabía lo mismo que yo, que aquello abría en mi mente multitud de conjeturas?

En vista de su silencio seguí preguntando:

—¿Por qué no me cuentas algo de lo ocurrido entonces, Alvia? Tú eras mi chica en aquellos tiempos y...

El miedo brilló en sus ojos con tal intensidad que me interrumpió en medio de la frase. ¿Qué sabía ella? ¿Todo?

Conjeturas.

Unas malditas y sucias conjeturas sin nada positivo.

Pero Alvia estaba replicando ahora, y había que escuchar lo que decía. Lo que tenía que decir.

Mentiras.

Simples y burdas mentiras, pero tan bien hilvanadas que nadie las creería conociéndola como yo creía conocerla.

—¿A qué te refieres, Cliff?

Su voz, suave como el terciopelo, me hizo comprender que Alvia mentía una vez más. Necesariamente ella sabía a que me refería yo. A lo único que podía referirme.

—Escucha, ricura —contesté—. Tú, has vivido todo este tiempo en lo que es tu ambiente. En lo que era desde que tenías diez y ocho años. Durante estos diez años has podido oír y ver muchas cosas. ¿No tienes nada que decirme, Alvia?

No vacilé ni un segundo en replicar. Tanto es así, que yo sospeché aún más, ya que se me antojó demasiado rápida su respuesta.

—No, Cliff. Nada supe en aquel entonces, y nada sé ahora. Yo... —vacilé de nuevo, como si tuviera necesidad de escoger las palabras—. Yo empezaba a subir entonces. Mi único afán era ese mismo. Subir, Cliff. Sacarle a la vida todo lo que pudiera y en el menor tiempo posible.

—Sin reparar en medios, ¿verdad?

—Reparé en ellos hasta que tú desapareciste de mi vida, Cliff. Creo que sabes que digo la verdad. Te he dado pruebas inequívocas de ello, ¿no?

Era verdad.

Seguro.

Pero yo sabía que había algo más.

—Bien, puede que digas la verdad. ¿Quién hay más en Las Vegas, de aquella época, Alvia?

Vacilé unos segundos antes de replicar:

—Está Donna, Cliff. Tan hermosa como siempre. Muchas veces hemos hablado de ti —me miró intensamente y añadió tras una corta pausa—. Casi aseguraría que ella también estaba enamorada.

—¿Alguien más, Alvia? —repliqué pasando por alto su frase final.

—Nadie que yo sepa, Cliff.

Se puso en pie y empezó a recoger todo lo que había en la mesa.

Mientras lo hacía preguntó:

—Vas a enfrentarte con ellos, ¿no?

—Puede... —repliqué con gesto evasivo—. Depende de los dos. Puede que incluso les mate. Incluso puede que te mate a ti también, ricura.

Mis palabras debieron de ser de muy mal gusto ya que me miró con sus grandes ojos muy abiertos:

—¡Cliff! —exclamó—. ¿Quieres comportarte mejor y dejar de ser desagradable? Comprendo que estos diez años te hayan...

—Sí, diez años que no olvidaré nunca, Alvia. Diez años que endurecen a un hombre. Diez años que le cambian a uno hasta convertirle en una máquina insensible y carente de todo sentimiento. Diez años, pero... ¿impulsado por quién, ricura?

—¿Qué..., qué quieres decir, Cliff? —tartamudeó.

—Que si le pongo encima la mano al sucio qué lo hizo, voy a retorcerle el pescuezo hasta que deje de respirar.

No replicó. Cargada con tazas y pan con mantequilla, amén de un par de platos, Alvia giró hacia la puerta. La alcanzaba cuando pregunté:

—¿Dónde trabaja Donna, preciosa?

Se volvió en redondo y me lanzó una larga mirada.

—En el «Orleáns», Cliff.

—¡Cuernos! Al parecer todo gira en torno de esos dos. Óyeme, ¿es Donna la chica de Riconti?

Volvió a mirarme largamente.

—No, Cliff —replicó después de unos cuantos minutos—. Donna no es la chica de nadie hasta ahora —calló unos minutos y después añadió llena de sarcasmo—. Ni lo será hasta que tú le pidas que sea la tuya. Donna ha permanecido fiel a tu recuerdo, querido.

Salió del comedor antes de que pudiera formularle otra pregunta.

Cuando regresó, una hora más tarde, vestía de calle. Un ajustado traje sastre, tan corto que pude ver sus hermosas rodillas, y parte de las piernas enfundadas en caras medias de nylon.

Me puse en pie yendo hacia ella. Antes de llegar vino a mis brazos y me besó.

Cuando se aquietó su respiración me preguntó en un susurro:

—¿Piensas quedarte aquí, Cliff?

—Si te estorbo lo dices, ricura —dije—. Tengo unos pocos dólares con los cuales puedo tirar una temporada aunque sea en un sucio hotel de mala muerte.

—¡Por favor, Cliff! Bien sabes que mi deseo es que te quedes —miró una pequeña mesita situada al fondo—. Dentro de uno de aquellos cajones —dijo señalando con el dedo— encontrarás unos miles de dólares. Si te hacen falta cógelos, Cliff. Son tuyos como míos. Por otra parte, ésta es tu casa, tanto o más que la mía. Ahora tengo que salir. Dime si deseas algo.

La miré intensamente.

—Gracias por tu oferta —repliqué—. Pero aún me quedan unos pocos dólares. Mil para ser más exacto. Tenía más, pero los gasté en este traje, y en alguna ropa.

Me miró en silencio durante largo rato.

—¿Ropa? No te he visto la maleta.

—Está en la estación, ricura. Si lo tienes a bien, puedes ir a recogerla, o en caso contrario mandar a alguien. Y gracias por permitirme quedarme en este hermoso apartamento.

—¡Cliff! ¿Por qué gozas con ser desagradable?

Solté una risita que en nada me comprometía, la prendí por el talle, y la acompañé hasta la puerta.

Se despidió como años atrás, con un beso de fuego, que tuvo la virtud de dejarme completamente helado, por contraste.

Cerré la puerta y regresé al «living».

Un rato después estaba enfrascado en un programa de televisión. Pero pensaba.

En una mujer como Alvia.

En otra mujer, tal vez más hermosa que ella.

En Donna Reeves. Y enamorada. Una mujer que sin yo tener nada que ver con ella se había mantenido fiel a mi recuerdo.

¡Como para morirse de risa! Como para que digan que no hay

que fiarse de las damas. Pero ¿lo era ella?

CAPÍTULO III

Alvia regresó a las cinco de la tarde, cuando ya me estaba aburriendo. Deseaba como nunca que llegara la noche. Deseaba más que nada en el mundo enfrentarme con Riconti, con Bennister. Deseaba más que nada ver a Donna. Comprobar por mí mismo si era verdad lo que había dicho Alvia.

Deseaba poder matar a alguien, sobre todas las cosas. Sobre todas las mujeres habidas y por haber, a pesar de todos aquellos largos y malditos años sin ellas.

Entró con los ojos brillantes y llevando en la mano mi pesada maleta.

—Ahí la tienes, Cliff —dijo soltándola en el suelo para acto seguido venir a mis brazos.

Di las gracias, como un tipo bien educado, aunque yo no lo sea ni pretenda serlo en modo alguno.

La tomé por el asa y la llevé a la habitación. Me desvestí, fui a la ducha, y después me cambie de traje.

Alvia me esperaba en el «*living*». Apenas me vio consultó su reloj de pulsera.

—Tengo que irme pronto, Cliff —dijo—. Esta noche he de ensayar algo nuevo y me he de marchar antes.

Me pregunté si la estaría esperando el tipo del «Cadillac», pero lo que dije fue:

—¿Abanicos también, dulzura?

—Sí, Cliff. También. Es lo de todas las noches, querido —me miró con una sombra de preocupación en sus ojos y preguntó—: ¿Vendrás a verme?

—Sí, ricura. No pienso perderme el espectáculo.

Rió al parecer alegremente y replicó:

—Sin embargo, no creo que te haga falta, ¿verdad, Cliff?

No, no me hacía falta. Fui a decirlo pero el timbre de la puerta,

sonando de manera insistente, me interrumpió.

Ambos nos miramos unos segundos, y de nuevo creí ver en los ojos de Alvia algo de miedo.

—¿Quién será? —susurró.

—¿Por qué no abres y lo averiguas? —sugerí en tono mordaz.

Se levantó, atravesó el «*living*» y fue hacia la puerta. Pero yo la precedí.

Alvia miró unos segundos por la mirilla, se volvió a mirarme y susurró en tono quedo.

—No le conozco, querido.

La aparté a un lado y miré, mientras el timbre empezaba a sonar de nuevo en forma perentoria. Crispé el rostro cuando vi al hombre que llamaba.

Con una seca maldición, que tuvo la virtud de hacer enrojecer a Alvia, cosa casi del todo punto imposible, abrí la puerta de par en par. Después me aparté a un lado disimulando lo mejor que pude el mal humor que me asaltó de repente.

El hombre, joven, rubio, alto y fuerte como un roble, de ojos grises y penetrantes entró sin decir palabra.

Saludó con una inclinación de cabeza a Alvia y me enfrentó con una sonrisa socarrona, en los labios.

—Vamos; Ker, ¿por qué no me la presenta?

Lancé una maldición.

—¡Lárguese al cuerno,

O'Connor!

Rió mostrando su blanca y cuidada dentadura.

—Por favor, Ker —dijo socarrón, lo que me sentó peor que una patada en la espinilla—. ¿Me la presenta, sí o no?

No había más remedio y lo hice. Mirando a Alvia dije cargado de veneno:

—Alvia, éste es Richard

O'Connor,

inspector del F.B.I. El hombre que hoy se vanagloria de haberme mandado a Alcatraz por diez años —le miré a él, mordiendo por dentro mis sentimientos añadí en tono socarrón—. Inspector, ésta es Alvia Callowan.

—Lo sé, Ker. Ella fue su chica cuando le «enchiqueraron». Lo sigue siendo aún, ¿no?

Le miré atravesadamente, di media vuelta y fui al «*living*» donde me dejé caer sobre el sofá.

Al hacerlo me di cuenta de que Alvia y aquel maldito pesquisea me habían precedido hasta allí.

Nos miramos. El y yo. Como dos gatos al acecho.

—¿Qué ha venido a buscar aquí, sabueso? —pregunté—. ¿Cómo ha sabido que yo estaba en este apartamento?

—Sabíamos que Alvia Callowan se había trasladado a Las Vegas. Lo sabíamos desde el mismo momento en que lo hizo. También sabíamos que tan pronto como usted saliera de Alcatraz vendría a verla. También presumo que a partir de ahora ésta será su propia casa, Ker.

—¿Por qué?

Me miró largamente. Luego clavó los ojos en Alvia, que a su vez no le quitaba la vista de encima.

—Porque aquí están Bennister y Riconti. Porque le seguimos a usted desde que abandonó Alcatraz. Porque sabemos que usted tiene la pasta, o sabe dónde está.

Solté un irreprimible respingo. Después estallé sin poderme contener.

—Creo que está usted loco,
O'Connor.

No sé donde está eso que usted dice, ni tengo la menor idea de ello. Aunque lo supiera, tampoco se lo diría, fisgón del infierno.

—No me tiene mucha simpatía, ¿verdad, Ker?

—Nadie que haga lo que usted ha hecho conmigo puede tenérsela,
O'Connor.

Si acaso, desearle la muerte, cuanto más pronto mejor. Mi declaración, con respecto a aquello, sigue siendo la misma que le di al Tribunal que me juzgó.

—Declaración que sé de memoria, Ker. Pero a pesar de la misma, yo, en particular, sigo pensando en lo mismo. ¡Usted tiene la pasta! Los diamantes. Las joyas. El botín de millón y medio de dólares en piedras preciosas que se llevaron de Benton & Hermanos

y Compañía de Chicago. Un botín que no ha aparecido.

—¿Y ha tardado diez años en llegar a la conclusión, a la certeza

de que las tengo yo, de que yo fui el único hombre que tuvo tiempo de tomarlas, cargar con ellas y esconderlas? —inquirí en tono mordaz.

No se inmutó por ello ya que replicó con absoluta tranquilidad:

—Tuve la certeza desde el primer día, Ker. Incluso molestamos durante meses a su amante creyendo que ella sabría dónde estaban, hasta que nos convencimos que Alvia Callowan no sabía nada. Que no tenía nada que ver en aquello.

Forcé una risa que me salió bastante bien.

—Cada vez son ustedes más listos. Hoover puede sentirse orgulloso de los hombres que militan en el F.B.I.

Siguió sin inmutarse por mis burlonas palabras, pero se puso en pie. Le imité haciendo una reverencia burlesca.

—¿Se marcha ya, míster

O'Connor?

Créame que lo siento. ¡Es tan agradable su compañía!

No replicó hasta llegar a la puerta. Lo hizo mirando a Alvia.

—Debe escoger mejor sus compañías, Alvia Callowan —dijo—. La amistad más o menos íntima con expresidarios, no será bien vista entre el público que acude todas las noches a los casinos de Las Vegas.

—¿Por qué no se va al cuerno, querido?

Sentí deseos de reír ante la despedida de Alvia, pero no pude hacerlo ya que

O'Connor,

inspector del estaba hablando, mirándome:

—Tenga cuidado con lo que hace en Las Vegas, Ker. Algunos asuntos pueden llevarle a la cámara de gas.

No repliqué. Di media vuelta y me adentré en el apartamento. Antes de llegar al «*living*», oí como Alvia cerraba la puerta.

Me enfrenté con ella unos minutos después. Vino a mis brazos y me besó.

—¿Qué piensas hacer ahora, querido? Ese hombre es horrible.

Sonreí.

—Dijiste que tenías prisa, Alvia —reliqué.

Me miró atentamente.

—Sí, es verdad. Ese cerdo pesquisa me ha entretenido demasiado.

Me besó de manera fugaz, y desapareció de mi vista, no sin antes dejar un pequeño llavín encima de la mesita ratona.

—Para que puedas entrar cuando quieras, querido —dijo.

Tomé una revista y me puse a leer.

CAPÍTULO IV

Donna Reeves.

El «Orleáns».

La calle Fremond con sus luces y sus mujeres. Con su todo. Con las noches de intenso vivir ante la ruleta, el póker, la cesta, el fan-tan, los dados y otros miles de diversos juegos.

Y sobre todo, la calle Fremond con Donna Reeves. La recordaba bien. Deseaba verla. Comprobar personalmente si ella era tal y como había dicho Alvia. Si se acordaría de mí.

La noche.

Los tubos neón. Las luces multicolores de los anuncios. Las luces cambiantes de los clubs nocturnos, de los *saloons*, de las salas de juego, de los establecimientos de placer y orgía.

Las mujeres.

Las gentes yendo y viniendo por aquella calle iluminada como si fuera de día. Ficticia como lo que albergaba dentro de ella.

¡La hermosa y moderna a la par que traidora Babel, paraíso del juego y del vicio!

¡Las Vegas!

Las Vegas y Donna Reeves.

Pensando pasé junto a la puerta del «Mochuelo». Alvia y sus piernas, y su maravillosa anatomía, estaría allí, bailando una de las danzas japonesas de abanicos.

Sabía vivir.

Seguí adelante.

La hermosa fachada del «Orleáns» se ofreció ante mi vista. Me acerqué.

Entonces la vi.

A Donna Reeves. Pero no en persona, sino en el cartel que anunciaba su número de aquella noche. Si se presentaba en público

de aquella manera, merecía la pena perder los mil dólares que llevaba en el bolsillo.

Merecía pedir limosna después si llegaba el caso.

Había cambiado en aquellos diez años. Un cambio que hacía perder el resuello. Un cambio en el cual, había ganado en todo. Tenía de todo, para ella, y para regalar si a alguna le hacía falta.

Entré sin mirar al galardonado portero.

La sala de juego estaba abarrotada, y la encerada pista desierta, sin un alma. Entré sabiendo, consciente de lo que ocurriría si alguien me reconocía. Si Riconti se presentaba en la sala y me veía.

Entré sin un arma. Sin un solo cortaplumas para defenderme en un caso dado.

Pero estaba Donna Reeves. Merecía la pena hasta de volver de nuevo a Alcatraz, sólo por verla.

¿Dónde quedaba Alvia y sus encantos? ¿Alvia y sus besos? En la nada. En el cieno. En el infierno.

Me acerqué a la barra.

Un establecimiento caro. Pero tenía que pedir algo y opté por un «Manhattan».

Empecé a beberlo a pequeños sorbos, esperando. Consulté el reloj. Faltaba media hora para dar comienzo al espectáculo según había leído en el cartel de la puerta.

A aquella hora las partidas de juego se interrumpirían hasta que terminaran las actuaciones de las artistas. Una sola, cada una de ellas, y todas las noches.

Después volverían al juego del azar, la fortuna para unos y la desesperación para muchos.

Seguí bebiendo con el rostro vuelto hacia la escalera, semioculta por hermosas cortinas de brocado. Esperando ver aparecer de un momento a otro a Riconti, o a alguno de sus secuaces.

Pensando en él, y en Donna. En ella y en las palabras que me había dicho Alvia.

Repentinamente las luces se apagaron, para encenderse casi en el acto. Oí las voces de los «crupiers». El espectáculo iba a comenzar.

Empezó poco después. Con tres mujeres que hacían suspirar. Luego siguió una pareja.

Buenos todos ellos. Riconti sabía presentar los espectáculos. Pero

¿y Donna?

Fue el número final.

Lo comprendí cuando las luces se apagaron del todo excepto unas cuantas que iluminaron tenuemente el centro de la encerada pista, mientras la orquesta negra empezaba a tocar.

Una música suave y dulzona que me hizo recordar tiempos pasados. Viejos y felices tiempos pasados. Cuando yo no era un hombre marcado. Cuando en mi alma no había aquel deseo de matar, de venganza.

Repentinamente el centro de la pista se abrió en círculo, y ante mi estupor vi una columna levantarse del suelo y ascender lentamente, muy lentamente hacia el techo mientras la música seguía sonando de manera dulzona.

Finalmente las luces se apagaron del todo y el local quedó completamente a oscuras. La música aceleró el ritmo y adiviné que la columna empezaba a descender.

Era así, ya que ésta se iluminó tenuemente antes de llegar a media altura. Después, las luces se apagaron para acto seguido encenderse otras al pie de la misma, mientras un foco, surgido de no sé dónde, centraba sus luminosos rayos sobre la pisca encerada.

La columna quedaba por tanto en total oscuridad, hasta que llegó al suelo.

Pero mientras lo hacía, empezó a ocurrir algo.

Primero, y totalmente iluminadas, vi unas brillantes sandalias, unos dedos de uñas nacaradas, unos finos tobillos, y poco a poco... a Donna.

Donna, que empezó a moverse suavemente al compás de la música. Donna, que saltó de lo que hasta entonces había sido el pie de la ahora invisible columna, y empezó a bailar suavemente moviéndose como una sierpe alrededor de la pista circular.

La música aceleraba. Donna también. Luego fue un torbellino.

Algo que nunca he visto y ni posiblemente vuelva a ver en la vida.

Poco a poco se convirtió en algo diabólico, sensual. Así se mantuvo por espacio de cierto tiempo hasta que poco a poco fue decreciendo, para tornarse lánguido, suave, como un sueño irreal.

De esta forma Donna fue retrocediendo hasta el centro de la pista, y allí quedó inmóvil mientras la orquesta daba los últimos

acordes finales.

Inmóvil, como una estatua. Pero no de piedra. Si no como una hermosa estatua de carne y hueso. Así se mantuvo Donna mientras el silencio parecía palparse en el local.

La columna empezó a ascender.

El foco la iluminó por completo haciendo relucir su piel y el «bikiny» con que se cubría. Fue entonces cuando estallaron los aplausos. Cuando los concurrentes al local avanzaron hacia la pista, aullando, aplaudiendo.

Fui el único que no lo hizo. Seguí en la barra, con el mediado vaso en la mano, mirándola. Deseando y temiendo al mismo tiempo que Alvia hubiera dicho la verdad.

¡Una mujer como aquélla! ¡Diablos!

A media altura ella miró la barra. Al punto supe que me había reconocido ya que por casualidad fijó los ojos en el solitario bebedor. Se sobresaltó, y poco a poco, desapareció de mi vista.

Las luces se encendieron y la columna bajó de nuevo a su sitio, sin Donna.

Los aplausos arreciaron, los gritos también. Reclamaban su presencia.

¿Aparecería de nuevo?

No tuve tiempo de contestarme a mí mismo. Apareció, pero viniendo de la escalera.

Apareció por detrás de las espesas cortinas, cubriendo apenas su cuerpo de diosa con una bata de esponjosa seda natural. Los aplausos y gritos se acentuaron.

Durante unos segundos desapareció entre una masa de hombres y alguna que otra mujer. Pocas de las últimas.

Luego, la vi reaparecer ante mis ojos, repartiendo sonrisas, y mi corazón se paralizó unos segundos cuando avanzó hacia la barra.

Con sus ojos grandes y rasgados, verdes como las aguas del mar, fijos en mi rostro.

Los aplausos y gritos cesaron por encanto cuando se dieron cuenta de cuál era el destino de ella.

Hubo comentarios cuando se acercó a mí, deteniéndose al rozarme.

—Cliff... ¡Cliff Ker...! —Levantó una de sus finas manos y me acarició las hebras de plata de mis sienes—. ¡Cuánto has cambiado,

Cliff! —susurró.

No repliqué. No podía hacerlo, delante de toda aquella gente, ávida de sensacionalismo. Ávida de darle a la lengua sin reparar a quién podían destrozar.

Donna pareció reparar en cuál era la causa de mi silencio y bajó la mano de mis sienes para deslizarla por mi brazo en una caricia que me electrizó.

—Anda, Cliff. Sube conmigo. Hablaremos mejor en mi camerino.

Tiró de mí y la seguí. Confieso que estaba deseando hacerlo. A pesar de Riconti. En aquel momento ni pensaba en él, ni me importaba que ella pudiera ser su amante.

Entramos.

Después se volvió lentamente para mirarme.

—Cliff..., ¿qué has venido a hacer en Las Vegas?

Me senté mirándola de pies a cabeza.

Ella bajó los ojos.

—Cliff... —susurró muy quedo—. No me mires así, ¿quieres?

Sonreí. Me salió cuadrada.

—¿Te sorprende mi visita a Las Vegas? —pregunté a mi vez mirándola «así», como ella decía.

Denegó.

—No, siempre creí que vendrías.

—¿Entonces...?

—Tengo miedo por ti, Cliff. ¿Por qué no te largas? ¿Por qué no dejas la venganza? Ellos son fuertes, poderosos. No, Cliff, no debisteis venir a Las Vegas, ni entrar en el «Orleáns».

—Sólo por verte actuar merece la pena exponerse, Donna.

Vi cómo su rostro resplandecía.

—¿Sorprendido?

—Confieso que sí. No esperaba esto. Eres... te has vuelto muy hermosa en estos diez años, Donna.

—Sí, todos cambiamos con el transcurso del tiempo, Cliff. Tú...

—Yo soy un deshecho de la humanidad, Donna. Un hombre que no tiene derecho a nada; ni al beso o al amor de una mujer.

—¡Cliff!

Se acercó a mí, a pesar de que yo seguía mirándola «así».

—Siempre te quise, Cliff. No creí tener que decírtelo nunca.

—¿Por qué lo confiesas entonces?

—Las mujeres somos extrañas, querido —vaciló unos segundos y después preguntó—. ¿Has visto a Alvia? Está en Las Vegas.

—Sí. La vi anoche.

—¡Ya!

No dijo una palabra más. Giró sobre sí misma y me trajo de beber.

Con el vaso lleno en la mano me miró.

—Vuélvete de espaldas, Cliff —dijo—. Voy a cambiarme para salir.

—¿Sales ahora? ¿Dónde?

Sonrió.

—Contigo. Hace diez años que no te veo, y tengo muchas cosas de qué hablarte.

—¿A pesar de Alvia?

—A pesar de ella —me miró de frente—. Voy a darte un beso, Cliff —afirmó—. Voy a hacerlo a pesar de ella. Quiero que compruebes por ti mismo cuál de las dos vale más. Yo... yo he sido fiel a tu recuerdo.

—¿Y Riconti, Donna?

—¡Cliff! ¿Cómo puedes pensar de mí una cosa así?

Alargué la mano. No podía fiarme de ella en modo alguno.

Pero alargué la mano y tiré de ella.

CAPÍTULO V

Llamaron a la puerta.

Donna se separó casi con violencia.

Me miró mientras se ponía en pie. Tomó la bata y fue a abrir, mientras las llamadas se intensificaban. Fui tras ella hasta la puerta del camerino. Volvió a mirar me e hice un gesto de sentimiento.

Abrió. Eran dos.

Don Madison y Tex Pool.

Dos atracadores, dos «gangsters».

Nos miramos. Donna fue la que rompió el silencio. No alteró la voz, pero adiviné que estaba furiosa.

—¿Qué diablos...?

—Escucha, ricura —la voz de Madison sonó cortante como un cuchillo—. Queremos hablar con ese tipo, ¿entiendes? Por lo tanto cierra el pico y vístete para salir, o para entretener a los clientes —se encaró conmigo—. Hola, Ker. Has cambiado mucho, pero aún así, me alegro que salieras con bien de Alcatraz.

—No puedo decir lo mismo, Madison. Vuestra presencia me sienta como una patada en la espinilla.

Rieron los dos.

Después, las palabras de Pool me sonaron altamente burlonas.

—¿Has oído esto, Madison? El chico parece querer decir que no le gusta nuestra presencia.

Madison no le replicó. Seguía encarado a mí.

—¿Vienes, Ker? —preguntó suavemente—. Es importante.

—¿Dónde?

—No te impacientes, muchacho. Te lo diremos fuera. No se debe uno fiar de las damas, y hay una delante.

Donna frunció el ceño pero nada dijo.

Me puse en pie, encarándome con ella.

—Vendré a buscarte dentro de poco, ricura —dije—. Espero que

estés arreglada para entonces.

No replicó. No dijo nada cuando salimos, pero vi la inquietud en sus ojos.

Fuera, en el pasillo, entre nubes de encajes, piernas más o menos hermosas, que entraban y salían de los camerinos, me detuve para mirar a Madison.

Éste tenía una mano en el bolsillo de la chaqueta. No me costó mucho, apenas un segundo, adivinar que sostenía una automática, y que me estaba apuntando con ella.

—Lo siento, Ker —dijo—. Pero el jefe quiere verte. Se enteró de que estabas aquí, ¿sabes?

Sonreí. Pero como siempre, mi sonrisa fue cuadrada en extremo.

—Bien —repliqué—. Veamos qué quiere el gran Aldo Riconti.

—Algo importante, Ker. Supongo que no nos darás trabajo, ¿verdad?

Miré a Pool y le repliqué.

—¿Trabajo? No comprendo, Pool.

Su rostro macilento, pálido, en el cual se podían leer todos los vicios, se contrajo en una mueca mientras sus ojos grises brillaban como luciérnagas en medio de la noche.

—¿Llevas armas?

Me reía. Una risa que no gustó a ninguno de los dos a juzgar por sus expresiones.

—Ni un cortaplumas, Pool —dije—. Comprende que no deseo me pesque la «bofia» con un arma encima. Eso me devolvería a Alcatraz. Y no lo deseo. No lo deseo en modo alguno.

—Vamos si es así.

—Tú conduces. No conozco esto, y no sé dónde está su despacho. Porque supongo que allí es donde me lleváis, ¿no?

No me equivoqué.

Pool quedó conmigo, mientras Madison, después de llamar a la puerta, penetró dentro para reaparecer a los pocos minutos.

—Puedes pasar, Ker —dijo—. El jefe te espera. Pero antes...

Comprendí lo que quería decir.

Me miró.

—Lo siento, Ker —dijo—. Pero era necesario, ¿comprendes?

Sin replicar, sin llamar a la puerta entré.

Un despacho con lujo costoso y reluciente. Una amplia mesa con

un grueso cristal encima del tablero, un montón de papeles, multitud de fotografías de mujeres con más o menos ropa, y detrás de ésta, la mole imponente del «gangster».

Aldo Riconti.

De cuarenta a cuarenta y cinco años de edad, moreno, ojos negros, y tan fuerte como yo, o tal vez más.

Me sonrió desde detrás de la mesa.

Ni repliqué a su sonrisa ni quise ver la mano que me tendía en señal de bienvenida.

Frunció el ceño, y me senté sin esperar ser invitado.

Durante unos minutos, que parecieron siglos, nos miramos el uno al otro.

—Diez años, Aldo... —dije con voz ronca aunque traté de que no fuera así—. Diez años en los cuáles nadie se ha acordado de mí.

Hizo una mueca.

—Ya has salido —replicó—. Por lo tanto...

Le atajé.

—Desembucha pronto, Aldo. Tengo una cita con una dama y no quiero dejarla perder.

—Donna, ¿no?

—Sí.

—Buena chica.

Rió alegremente en apariencia pero no logró engañarme. Le conocía bien.

—Yo menos que nadie, Cliff. Ella...

Le atajé de nuevo.

—Deja a Donna en paz, Aldo. Tus hombres me han traído ante ti. ¿Tienes miedo, o deseas algo?

Me miró largamente.

—No te comprendo del todo, Ker —dijo al fin—. Me enteré que estabas en mi local, y recibí una sorpresa ya que no te esperaba tan pronto. Te vieron en compañía de Donna, y supuse que estarías en su camerino. Le dije a Madison que te avisara que deseaba verte. Nada más.

—¿Nada más? Me registraron antes de entrar. ¿Entiendes tú eso, Aldo? ¿O lo mandaste tú, temiendo que te metiera un balazo en los sesos antes de avisar?

—Escucha, Cliff...

—Ya he oído bastante, Aldo —repliqué poniéndome en pie—. ¿Algo más?

Hizo un gesto con la mano.

—Por favor, Cliff. Siéntate y escucha. No deseo que riñamos. Ya sabes que me alegro de tu vuelta. Por eso te mandé llamar con Madison y Pool. Deseo ofrecerte un empleo. Sé que ahora andarás mal de fondos, y que será difícil encontrar ocupación.

—Sí, sobre todo cuando pidan informes de las casas donde he trabajado y les diga que en Alcatraz, durante diez años.

Sin poderlo remediar reía. Reí hasta que mis ojos se cuajaron de lágrimas. Pero Aldo Riconti no reía, se había sobresaltado.

Pero su voz siguió sonando en mis oídos, exactamente como si no ocurriera nada.

—Ven a verme mañana noche, Cliff —dijo—. Para estas horas ya habré hablado con Bennister. Entre los dos te buscaremos algo. Ya verás cómo todo se soluciona.

Mientras hablaba metió la mano en el cajón de la mesa-despacho y cuando la sacó de allí, vi el rollo de verdosos billetes que contenía.

—Si necesitas algo... —añadió dejando sin terminar la frase en espera tal vez que le interrumpiera como así fue.

—Nada tuyo ni de Bennister, Aldo. Entre otras cosas, eso es lo que quería decirte. Por eso estoy en Las Vegas. ¿No lo has comprendido aún?

Se inmovilizó de repente con la mano extendida hacia mí, y después estrujó los billetes entre los dedos.

—¿Qué tratas de decirme, Cliff?

—Creí que eras más listo, Aldo. Millón y medio de dólares en joyas. ¿Comprendes ahora a lo que he venido? Seré aún más claro. Esas joyas no han aparecido. El Departamento del Tesoro las busca conjuntamente con el F.B.I., y la casa aseguradora de las mismas. ¡Quiero mi parte y no un empleo, Aldo! Puedes decirle esto de mi parte a Bennister.

Se puso en pie de un salto mientras introducía de nuevo la mano en el cajón central de la mesa.

En un segundo adiviné lo que iba a hacer.

—Será mejor que tengas cuidado, Aldo —dije fríamente atajándole con un gesto—. Estoy desarmado, y por otra parte,

Donna está enterada de que he venido aquí. Si desaparezco, puede costarte todo esto que posees.

Lentamente, muy lentamente sacó la mano del cajón. Mano que no empuñaba arma alguna.

—Ven mañana noche a verme, Cliff. Estará aquí Bennister. Discutiremos eso entre los tres.

—¿Para qué? ¿Me vas a decir acaso quién dio el soplo? ¿Quién me mandó a Alcatraz?

Esbozó una extraña sonrisa.

—¿Por qué no le preguntas a Alvia, Cliff? Tal vez pueda orientarte mejor que yo.

—¿Qué tratas de insinuar? —no contestó a mi pregunta. Por lo tanto añadí—: No creo que fuera ella. Alvia en aquel entonces no sabía nada de eso.

—Eres un estúpido, Cliff. Te creí con más sentido común, y estás demostrando no tenerlo. Primero por Alvia, y segundo por enfrentarte conmigo.

—La estás acusando de soplona, ¿no?

—Yo no he dicho eso, Cliff. Pero ya que sigue siendo para ti lo de siempre, puedes preguntarle. Tal vez ella te diga algunas cosas que ignoras.

Desconfiaba.

Desconfiaba de él y de Alvia. Desconfiaba de todos. Y yo era tonto de remate o Aldo Riconti estaba intentando lanzarme contra Alvia. ¿Por qué?

No intenté siquiera contestarme a la pregunta: Inesperadamente para él di un giro insospechado a la conversación.

—¿Qué sabes de Peter Duncan?

—Pregúntale a Alvia, Cliff. Hazme caso. La chica te puede decir qué ha sido de nuestro común amigo.

—Puede que le pregunte esta misma noche, Aldo. De los tres, tú y Bennister. Al único que me falta por localizar es Duncan.

—Ven mañana y hablaremos, Cliff.

Retrocedí hasta la puerta.

—Deja la mulletilla para otra ocasión, Aldo —repliqué ya con la mano en el tirador de la puerta—. Tengo una cita..., con Donna.

Salí sin esperar respuesta, pero quedé junto a la puerta. No me equivoqué tampoco esta vez. Aldo Riconti estaba marcando

cualquiera de los números telefónicos de Las Vegas.

¿Pero a quién?

CAPÍTULO VI

Miré su hermoso cuerpo enfundado en un lujoso vestido de noche. Ceñido, tanto, que daba la sensación de estar pintado sobre su piel.

En el acto preferí sacarla de su camerino, y de allí la llevé a la calle.

Deambulamos de un garito a otro, de una sala de juego a otra, pero no me acerqué al «Mochuelo». No deseaba tener más complicaciones aquella noche en que Donna me trajo algo de suerte, ya que jugamos en varios de los garitos de la calle Fremond, y cuando salimos del último, mis mil dólares se habían convertido en cinco mil.

Siempre colgada de mi brazo, Donna me llevó a un pequeño bar donde sentados en un reservado, fuera del bullicio, de las luces multicolores de la calle y de las salas de juego, tomamos unos sencillos bocadillos con cerveza.

En silencio, callados los dos, hasta terminar.

Entonces, viendo que me miraba pregunté:

—¿Dónde te llevo, preciosa?

—Donde tú quieras, Cliff, aunque apostaría a que deseas llevarme a mi apartamento —replicó sin ambages.

—¿Yo? Eso tú, querida. Conozco poco de Las Vegas.

Sonrió prometedora, y después miró su reloj de pulsera.

—Es muy tarde, Cliff. Estoy cansada. ¿Vienes?

Tomamos un taxi hasta Cedergrove Avenue.

En su apartamento me dejó en el «*living*», frente a un vaso de *whisky* y fue a su dormitorio. Cuando volvió no tuve más remedio que ponerme en pie e ir hacia ella.

—Cliff... —susurró muy quedo—. ¿Sabes? Siempre deseé esto. Estar contigo, los dos solos. Durante años he pensado en lo mismo.

No me fiaba de ella. No podía hacerlo. Pero estaba allí, con sus

maravillosas pupilas prendidas en las mías. Con su pelo rubio cayéndole en cascada sobre los desnudos hombros, a estilo de Verónica Lake.

Mi mente se enturbiaba. Se enturbió aún más cuando la atraje contra mi pecho. La perentoria llamada del timbre del teléfono nos separó con alguna violencia.

Nos miramos.

En sus ojos vi que le extrañaba la llamada, y comprendí que no estaba acostumbrada a aquellas intempestivas llamadas.

—Contesta tú, Donna —dije.

Se acercó al teléfono y levantó el auricular.

—¿Diga...?

Durante unos segundos vi cómo su rostro se contraía en una mueca de disgusto y luego la oí preguntar:

—¿Cómo sabes que está aquí?

Siguió otro lapsus de silencio, y después Donna se volvió hacia mi tendiéndome el «micro».

—Es para ti, Cliff —susurró.

Me costó un respingo. Alvia estaba al otro lado de la línea. Su voz sonó alterada en mi oído:

—Cliff... No preguntes nada, querido. No pierdas tiempo y ven cuanto antes, ¿quieres? Te necesito. Tengo que hablar contigo de algo muy importante. Me va en ello la vida. Por favor, Cliff; no te demores.

—Pero ¿qué diablos te ocurre? ¿Cómo sabes que estoy con Donna?

—Por favor, ven cuanto antes. Es vital para ti y para mí.

Colgó antes que yo pudiera contestar. Esto me hizo fruncir el ceño. Lentamente deposité el auricular en la horquilla y encaré a Donna.

—¿Qué quería? —inquirió ésta.

—Desea que vaya a verla. Es importante, querida.

Me miró a los ojos, y luego la oí reír, viendo como echaba atrás su hermosa cabeza mostrándome la blancura ebúrnea de su maravillosa garganta.

Deseé como nunca besarla en aquel entonces, pero no lo hice. El recuerdo de las palabras de Alvia me inmovilizaban.

—Eres un estúpido, Cliff —afirmó apenas si dejó de reír—. Ésa...

esa pájara desea tu compañía esta noche. Es así. Apuesto que te ha seguido, o te ha mandado seguir hasta aquí, al darse cuenta de que tú no estabas en el «Mochuelo» para admirarla. ¿Sabes cómo se exhibe?

—Sí. Pero no es eso, Donna. Hay algo más. Creo que ninguna mujer es capaz de fingir hasta ese extremo, querida.

Me miró largamente mientras yo tomaba el sombrero para encasquetármelo en el acto.

—Si vas con ella, Cliff —dijo cuando llegaba a la puerta precedido por ella—. No vuelvas. No te acerques más a mí.

La miré de pies a cabeza.

—Me gustas, querida —dije—. Has cambiado mucho, para mejorar. Me gustas.

Abrí la puerta.

—Lo perderás todo, si no te quedas. ¿Comprendes? Ya me has visto bailar, ¿no? Estoy dispuesta, ahora, si tú lo deseas, a bailar para ti la danza de los siete velos.

Sentí que me faltaba el resuello, y durante unos segundos mis convicciones vacilaron. Pero me rehíce a tiempo.

—Voy a ver a Alvia, ricura —dije—. Volveré más tarde. Si entonces me recibes...

No replicó al pronto. Cuando lo hizo, su vez sonó lenta, como si le costara un inmenso trabajo pronunciar cada palabra:

—Escucha, Cliff: Tú eres el primer hombre. Has sido y sigues siendo el único. Creía que lo sabías. No me dejes ahora. No vayas a ver a esa... gata.

Salí cuando intentaba enlazarme por el cuello, sin querer mirarla y cerrando suavemente la puerta a mi espalda.

La calle.

Las luces multicolores. El gentío. Las busconas en las esquinas. Los ganchos de los casinos y casas de juego. El taxi que detuve sin pensarlo mucho, ya que ahora llevaba unos cuantos dólares más que cuando abandoné Alcatraz.

Alcatraz.

¡La maldita prisión federal!

¡Mal rayo te parta,

O'Connor!

Las señas de Alvia. La perentoria orden al taxista para que

acelerara al máximo, bajo la promesa de una fuerte prima.

La carrera hasta su apartamento, efectuada en contados minutos. ¡Para que digan que el dólar no sirve para nada!

Subí en el ascensor y utilicé mi llavín particular. Al pronto, después de cerrar la puerta a mi espalda, me extraño que el apartamento estuviera completamente a oscuras.

¿Era posible que después de su llamada Alvia hubiera entrado en su dormitorio para acostarse tranquilamente?

Decidido a averiguarlo avancé hasta el «*living*», y una vez en la puerta del mismo deslicé la mano junto al marco en busca del interruptor de la luz.

No llegué a alcanzarlo. Algo se abatió sobre mi cabeza y estrellé el rostro contra las baldosas del suelo.



...y estrellé el rostro contra las baldosas del suelo...

La primera impresión que recibí al recobrar el sentido, fue que mi mano descansaba en algo maravillosamente suave, pero excesivamente frío.

¿Qué había ocurrido?

¡Alvia!

Aquello fue como una poderosa llamada a mi subconsciente.

Sí, estaba frío. Muy frío el muslo de Alvia.

Alvia, que estaba tendida junto a mí, en el sofá... Alvia, que estaba muerta, a mi lado, llevando solo puestas las medias de bien relleno y caro nylon... Alvia, que ya no volvería a exhibirse jamás.

En fin, Alvia, que ya no me dirá por qué me llamó aquella noche.

Poco a poco, las ideas empezaron a fluir en mi subconsciente, y entonces me incorporé mirándola. Tambaleándome, me puse en pie. Fui al cuarto de baño sintiendo que mi estómago empezaba a dar saltos.

Luego regresé a su lado, pero llevando una sábana con la que la cubrí.

Aquello era indudablemente obra de un sádico o un loco.

Miré en torno. Ni el más leve destrozo, ni la más pequeña señal que delatara un motivo por el que había ocurrido aquello, aunque yo tenía la certeza de saberlo.

Ni una pista, ni un indicio. Al menos para la policía, para el F. B. I.

El repentino sonido de las sirenas de la policía me hizo soltar un respingo. Así que yo era la víctima propiciatoria de aquel crimen.

Pensé en

O'Connor,
del

F. B. I.

En los años pasados en Alcatraz. En que aquel sabueso sabía que Alvia era mi amante. En las desagradables consecuencias que todo aquello tenía para mí.

Sólo había una cosa por hacer.

Huir.

Huir de allí a toda costa. Dentro de poco, toda aquella manzana estaría acordonada por la policía.

Después...

Buscar un refugio. Un sitio donde la «bofia» no sospechara ni remotamente que me encontraba. Me agaché y recogí la automática del suelo.

Pensé en Donna mientras me acercaba al lavabo, dispuesto a

huir por la escalera para casos de emergencia.

Pero ¿comprendería ella?

Tal vez sí, aunque aquello poco o nada podía importarme, dada la situación presente.

Deslicé la automática en el bolsillo trasero del pantalón, pensando que tampoco importaba mucho, ahora que aquel arma hubiera servido para quitar la vida a una estatua como Alvia.

Minutos después alcancé la calle, estando antes de esto a punto de romperme varias veces la cabeza.

CAPÍTULO VII

La besé fugazmente en los labios, y sus ojos chispearon.

Esto fue lo primero que hice cuando la vi.

La verdad es que deseaba aturdirme cuando abandoné el apartamento de la desdichada Alvia.

En la hermosa y felina Alvia, que se había llevado a la tumba el secreto de mi confianza.

Mas ¿lo habría revelado a sus verdugos antes de que la mataran?

Conjeturas. Estupideces que a ninguna parte conducían.

Anduve durante más de un cuarto de hora mientras a mi espalda las sirenas de la policía dejaban de sonar.

Al fin encontré lo que deseaba: un taxi.

Lo detuve, me acomodé en él asiento posterior y di las señas de la calle Fremond.

No di, empero, el nombre de ninguna de sus múltiples salas de juego. A cualquier parte. Al azar. Deseaba aturdirme, deseaba no pensar en nada, y sin embargo, el hermoso cuerpo de Alvia no se apartaba de mi imaginación, tal y como lo había visto por última vez.

Mediada la calle, mandé parar. Pagué y descendí del vehículo entre una nube de luces multicolores, entre el gentío que iba y venía de un lado para otro.

Avancé casi sin darme cuenta de lo que hacía ni de dónde iba. Mi mente era un caos infernal.

Mi subconsciente me avisaba de que tenía necesidad de una buena coartada.

Donna me la podía proporcionar. Falsa, pero podía hacerlo. Ella estaba enamorada de mí. Comprendería.

Deseaba beber. Beber sobre todas las cosas. Beber y matar. Matar al cochino, sucio y cerdo bastardo que había hecho aquello con Alvia.

Millón y medio de dólares.

Mucho dinero. Para comprar muchas cosas, sin contar mujer alguna.

Entré en un establecimiento cualquiera.

Una sala de juego. Lo hice, dispuesto a jugarme hasta el último dólar qué llevaba.

Pero no jugué. No pude hacerlo, porque entonces la vi.

Rubia, en hermoso y maravilloso contraste con el azul de sus ojos.

Subida a uno de los altos taburetes, sin parar mientes en la sala de juego. Sin parar mientes en nada como no fuera el fondo del vaso de *whisky* que tenía frente a ella sin apenas haberlo probado.

Sin darse cuenta de que cabalgaba una hermosa pierna sobre la otra. Sentí tentaciones de silbar de admiración, pero lo que hice, olvidado de todo, de los momentos en que estaba atravesando, fue sentarme en la barra, dejando un taburete vacío entre ella y yo.

Pedí *whisky* y seguí mirándola cada vez con más descaro.

Siguió sin darse cuenta y yo sin saber cómo abordarla.

Un rato después me miró, para acto seguido volver su atención al *whisky*, que seguía sin tocar. Entonces vi cómo se llevaba el vaso a los labios y bebía un poco.

Durante el cuarto de hora siguiente, mientras yo seguía haciendo el imbécil, sin tener ni idea de cómo abordarla, ella bebió hasta apurar el contenido del vaso.

Fue entonces cuando la casualidad o la suerte vino en mi ayuda, en el mismo momento en que ella abrió el bolso buscando en el interior, seguramente unos dólares con que pagar.

La vi palidecer, y luego encarar al barman, después de haber mirado en torno, buscando seguramente algún conocido.

—Lo siento... —balbuceó—. Pero he... he estado jugando y creí que tendría algo con que pagar, con que tomar un taxi hasta mi domicilio. Lo he perdido todo y... —Nerviosamente llevó su mano izquierda hacia uno de los dedos de la derecha donde brillaba un anillo—. Creo que esto bastará.

Sus últimas palabras encerraban una buena dosis de alivio.

El barman alargó la mano y entonces le atajé:

—No lo cobre, amigo —dije—. Hoy es mi cumpleaños y deseo invitar a alguien.

Al instante, sus ojos azules se fijaron en mí con detenimiento. Vi brillar una sonrisa en su carnosa boca.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable.

Sonreía, a mi vez, aunque maldita las ganas que tenía de hacerlo.

—No se preocupe, *miss* —repliqué—. ¿Desea beber algo más?

Me miró atentamente, durante minutos que parecieron siglos. Repentinamente, creí percibir en sus ojos una chispa de interés que se apagó al segundo.

—Gracias de nuevo. —Encaré al barman—: Más *whisky*. —Y volviéndose hacia mí—: Acérquese, ¿quiere?

Lo hice abandonando el taburete en que me sentaba para ir a hacerlo junto a ella.

Nos sirvieron lo pedido. Tomé el vaso y me volví un poco para mirarla en el momento en que ella hacía lo mismo.

Su rostro hermoso y exótico quedó a pocas pulgadas del mío. Vi su sonrisa, sus blancos y perfectos dientecillos, su escote en forma de V, como una tentación más de su hermosura.

—Usted es Cliff Ker... Un tanto cambiado, pero efectivamente, Cliff Ker.

—¿Cómo lo ha sabido?

Mi voz, a pesar mío, sonó extrañamente ronca.

Ella rió, y, a pesar de todo, sé que mis ojos brillaron más cuando se clavaron en la curva deliciosa de su morena garganta.

—¡Conteste! ¿Cómo?

Saltó del taburete entre nubes de puntillas blancas y bien relleno nylon. Se detuvo frente a mí, y su respuesta me desconcertó en extremo, más que ya lo estaba:

—Vamos a divertirnos por ahí, querido. Poco a poco le contaré la historia.

La miré dudando, pero ella rió.

—Vamos, Cliff. ¿O tiene miedo de ir con una dama? Hasta ahora, ésas no han sido mis noticias. Sé que tiene bastante partido con nosotras.

—¿Con usted también?

Se encogió de hombros, sonriendo.

Sin saber lo qué buscaba, pero intrigado en sumo grado, la prendí por un brazo y salimos de la sala de juego.

Durante un par de horas deambulamos de un lado para otro, hasta que dimos con nuestros huesos en uno de los reservados de un establecimiento de bebidas en Lakeland Street, donde habíamos ido a parar, hartos ya de la luminosidad de la calle Fremond.

Frente a dos «Manhattans», la miré.

—¿Dónde y cómo fue, Carol? —pregunté.

Era lo mismo que había preguntado un sinfín de veces desde que salió conmigo, convencida, tal vez, que era mi cumpleaños, cosa que yo ignoraba por completo.

Carol Evanz me miró por encima del borde de su vaso. Después lo depositó encima de la mesa, cruzó las piernas y sonrió:

—Tenía dieciséis años cuando vi por primera vez su fotografía en todos los periódicos de la nación, Cliff.

Aquello no me decía nada. Seguí preguntando:

—¿Quién es usted?

—Ya se le he dicho. Carol Evanz.

—Eso no me dice nada. ¿Qué hace en Las Vegas? ¿Divorciada?

—En vías de estarlo, querido.

Inicié una mueca.

—Eso sigue sin explicarme lo que quiero saber.

Fijó sus ojos en los míos, y noté cómo se estremecía.

—Voy a explicarme, Cliff —dijo repentinamente—. Yo, en aquella época, empezaba a iniciarme en el periodismo sensacionalista. Siempre he tenido buena memoria por recordar un dato, una cara, algo...

—Comprendo —la atajé—. Me recordó al cabo de diez años, ¿no?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer ahora que sabe quién soy, plumífero femenino?

Mi calificativo no debió gustarle, ya que arqueó una ceja.

—¿Por qué se muestra tan desagradable, Cliff?

—¿Dónde vamos ahora? —pregunté, con indiferencia.

Sonrió, tomó el vaso y apuró el «Manhattan» de golpe.

—¿Apuesto que va a decirme que está cansado, que no tiene dónde ir, y que desea acompañarme a mi apartamento?

—Pareces muy segura —repliqué, sin dejar de tutearla, ya que antes lo había iniciado y aunque no correspondió, no pareció

ofenderse tampoco por ello.

Me replicó con gran desparpajo, pero con sus palabras hizo que volvieran a mí todos mis recuerdos.

Alvia Donna, que se había quedado defraudada, que tal vez seguía esperándome, a pesar de sus palabras de despedida.

En Bennister, en Riconti... ¿Cuál de ellos? ¿Quién mandó matar a Alvia?

Uno de los dos: o el hombre que la besó dentro del «Cadillac» la primera noche de mi llegada a Las Vegas.

—Vamos, querido, no pienses más. Tenemos buena parte de la noche por delante.

Se prendió de mi brazo, y por primera vez no dijo nada.

Salimos.

CAPÍTULO VIII

Estaba muy hermosa bajo aquella gasa de la especie de mosquitera que se había puesto.

Pero no reparé en ello.

No reparaba nada más que en el terrible dolor de cabeza que sentía, en que mi pecho estaba mojado, mi cabeza y mis sienes también, y parte de la almohada, y sobre todo, que me encontraba encima de una blanca cama de matrimonio, y que ella, Carol, estaba a mi lado, mojándome las sienes con una toalla.

Me senté de un salto en la cama. Riendo, retrocedió un par de pasos.

—¿Qué diablos...? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

—Espera, querido. Ten calma y te lo contaré ahora mis...

El perentorio timbrazo de la puerta la interrumpió. Me miró fijamente durante unos segundos, y luego fue al ropero. Tomó una larga bata, se la puso sobre la mosquitera y salió mientras el timbre seguía sonando.

Salté de la cama y pegué el oído a la puerta. Me encontraba completamente vestido, a excepción de los zapatos, por lo tanto, no hice ruido alguno.

Tardé un par de minutos en oírla hablar, y después, en respuesta a sus palabras, la voz de un hombre. Voz que me electrizó.

Rápido como una centella, llevé la mano al bolsillo del pantalón, pero no encontré la automática. Aquella automática que había servido para asesinar a Alvia.

Giré la vista en torno, y después, rápido como el pensamiento, levanté el colchón. Tampoco estaba allí. Acababa de hacerlo cuando la puerta se abrió, dando paso a Carol.

En su rostro no se reflejaba la preocupación que a mí me embargaba.

¿Quién le había dicho a

O'Connor

que yo me encontraba, donde no tenía ni idea, y en compañía de aquella periodista?

¿Carol misma?

Me interrumpió con su voz:

—Fuera hay un inspector del F.B.I. esperándote, querido.

—Ya lo he oído, ricura. Por mi parte, puedes decirle que se largue al cuerno.

Carol no tuvo tiempo de replicar, ni yo de ponerme los zapatos. La puerta del dormitorio se abrió de nuevo y en el umbral vi enmarcada la figura del inspector O'Connor.

—No se moleste en mandarme a ninguna parte, Ker —dijo—. Porque no pienso irme sin que usted venga conmigo.

Le miré mientras me ponía el zapato derecho.

—¿Detenido? —inquirí.

Soltó una risita antes de replicar:

—Vamos, dese prisa que no pienso perder mucho tiempo.

Se quedó en la puerta, mientras yo acababa de anudarme el zapato izquierdo vigilado atentamente, según juzgué, por Carol.

Hecho esto me puse en pie y le enfrenté.

—¿Acusado de qué? —dije.

—¿No lo sabe? Vamos, Ker. Le creía más inteligente.

Salimos del dormitorio.

El «*living*».

¿El apartamento de ella?

Tenía que serlo.

Justo en el centro de éste me detuve. Les miré a los dos.

—Creo que si no me dice lo que ocurre, no voy a acompañarle a parte alguna, inspector.

—¿Qué quiere? ¿Que le regale los oídos? Bien, Ker. Usted tenía relaciones íntimas con Alvia Callowan ¿no?

—¿Qué diablos le importa a usted eso? Más concretamente: ¿qué diablos le importa al

F. B. I.?

—Síntese, Ker —fue la respuesta que me dio.

Lo hice imitado en el acto por Carol. El quedó en pie, frente a los dos, mirándome fijamente.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a *miss* Callowan?

—Desde anoche —repliqué sin vacilar, cosa que era verdad, sabiendo lo que iba a seguir a continuación.

—¿No la vio hoy?

—No. ¿Por qué?

—Mis noticias no son esas. ¿Dónde estuvo anoche?

—Por ahí, de un lado para otro. ¿Por qué?

Pero lo mismo que la vez anterior,

O'Connor

no replicó a mi pregunta, si no que formuló otra:

—¿Dónde es por ahí? Concrete, Ker.

—¡Qué sé yo! Estuve en casa de Donna Reeves, Pero ¿quiere decirme de una vez a qué se debe este interrogatorio? No pienso contestar a ninguna de sus preguntas sin una previa explicación. Estoy en mis derechos, ¿no?

Me miró de pies a cabeza.

—Tendrá que acompañarme, Ker. Supuse que diría eso mismo, y hemos interrogado a la tal *miss* Reeves. Niega haberle visto a usted en el día de ayer. Según su declaración, ni siquiera estaba enterada que usted estuviera en Las Vegas.

Sentí que la sangre se helaba en mis venas. El cadáver de Alvia se apareció delante de mis retinas, tal y como yo le había visto en su apartamento y con más intensidad que nunca.

Confiaba en Donna para que me sirviera de coartada, y ésta, por una declaración falsa de ella, se iba al diablo.

Los muros de Alcatraz, o de la cámara de gas se levantaban ante mí.

Mis pensamientos los rompió la voz horriblemente satisfecha de O'Connor:

—Prepárese que nos vamos, Ker, al menos que no tenga una coartada para la noche pasada.

Me puse en pie de un salto, indignado verdaderamente.

—¿Por qué?

El silencio que se hizo en el interior del «*living*» después de mi pregunta, fue espeso.

O'Connor

me miró largamente, luego volvió los ojos a la silenciosa Carol, que nos miraba a ambos, y dándome frente de nuevo, replicó:

—Alvia Callowan fue asesinada anoche de dos balazos que le partieron el corazón. Le acuso de ello, siempre y cuando usted no me demuestre lo contrario. Vamos, Ker. Acompáñeme por las buenas.

Fingí un sobresalto que no sentía.

—¿Que la han asesinado? ¡Está mintiendo,
O'Connor!
¡Está mintiendo como un cerdo!

Se acercó a mí y me apresté a atizarle. Por ningún concepto estaba dispuesto a sufrir otro nuevo juicio, dado mis antecedentes.

Pero no pude hacer nada, ya que
O'Connor
se mantuvo a distancia, fuera del alcance de mis zarpas.

En vista de eso, pregunté:

—¿Por qué tenía que matarla yo,
O'Connor?

Soltó una tenue risita e introdujo la mano derecha en la funda de la axila. Al instante me vi encañonado por una potente y pavorosa «Magnum».

—Vamos, Ker, andando. ¿Que por qué la mató? Porque ella sabía dónde guardaba usted esas joyas. Porque temía de ella, ahora que estaba suelto. En fin, Ker, que de ésta no escapa. Lo pronostiqué apenas si le eché la vista encima. ¿Vamos?

Le miré.

Miré la negra y empavonada automática, mientras me daba cuenta de que en sus ojos se leía claramente el deseo que tenía de que yo hiciera algo que justificara su decisión de apretar el gatillo.

Me encogí de hombros con gesto fatalista.

Donna había mentido. ¿Por qué?

Cierto que no podía dar la hora exacta en que yo había estado con ella. Cierto que podía afirmar, sin mentir, que yo había estado todo el tiempo en su apartamento.

Pero cierto que pudo decir algo en mi favor. Una verdad adornada con una pequeña mentira.

Giré hacia la puerta del dormitorio.

—Voy a buscar la chaqueta,
O'Connor
—dije.

—Iremos los dos.

Vino detrás de mí, pero ninguno de los dos llegamos a alcanzarlo. La súbita y divertida risa de Carol nos inmovilizó cuando apenas alcanzábamos la puerta.

Me volví para mirarla, cosa que imitó

O'Connor,

pero no por eso dejó de apuntarme con la fea automática.

—¿De qué se ríe usted, *miss* Evanz?

Siguió riendo, mostrando su morena y bien torneada garganta.

Ella dejó de reír me encaró, y sonriendo, dijo:

—¡Pero, Cliff, querido! ¿Por qué eres así? —Miró al inspector O'Connor,

y añadió—: Verá, sabueso. Cliff es un poco raro. Acaba de salir de Alcatraz, y, por lo tanto, no ha deseado complicarme a mi en esto.

La escuchaba como en sueños. ¿Qué se proponía?

La pregunta que yo me formulé *in mente*, la hizo O'Connor

de viva voz en un tono que me hacía presumir que dijera ella lo que dijera, estaba dispuesto a salirse con la suya.

—¿Qué se propone, *miss* Evanz?

Carol expresó en su bello rostro el gesto de inocencia más perfecto que yo he visto en mi vida, cuando replicó:

—¿Yo? Nada. Simplemente aclarar las cosas, inspector. Verá... Cliff es...

—Ya lo dijo antes, *miss* Evanz. Un poco raro, ¿no?

Se engalló ante la interrupción.

—¡No iba a decir eso, polizonte! Sólo estoy tratando de que no corra el más espantoso de los ridículos llevándose detenido a Cliff.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente, que si me interrumpe otra vez, voy a dejar que se lo lleve detenido, y después usted se las entenderá con mi abogado, míster

O'Connor.

Siguió un silencio mientras me daba cuenta de que aquello era chino para mí.

—De acuerdo, *miss* Evanz. Diga lo que sea, pero de prisa.

Me sonrió a mí, y después volvió el rostro hacia él.

—Cliff no pudo matar a Alvia Callowan, míster

O'Connor,
por la sencilla razón de que estaba conmigo.

—¿Cómo?

—Sí. Verá... Nos encontramos por casualidad en el
«Garden's».

Yo, cuando tenía dieciséis años, vi su fotografía en todos los diarios, a raíz de aquel sensacional robo de joyas y le reconocí. Entablamos conversación y luego fuimos por ahí, a divertirnos. No hay mal alguno en ello, ¿verdad?

Se lo quedó mirando. Carol, en aquel momento, era la viva estampa de la inocencia.

—¿Dónde estuvieron, *miss* Evanz?

Su pregunta sonó como un disparo.

Carol arqueó una ceja.

—Ya lo he dicho —replicó—. Por ahí. De un lado para otro. Entramos en varias salas de juego de la calle Fremond. —Citó unas cuantas, entre ellas, el «Mochuelo» y el «Orleans»—. Después, vinimos aquí.

O'Connor

guardó la pistola, se pasó la mano por el cabello y nos miró a los dos. Luego, fijó con insistencia los ojos en ella.

—¿Quiere decir que han pasado todas estas horas juntos, *miss* Evanz?

—Sí.

—¿Solos?

Estoy seguro que Carol captó al instante todo el alcance de la pregunta, y me sorprendió que no enrojeciera.

—Sí, solos —replicó—. Soy mayor de edad. ¿Comprende?

En el rostro de

O'Connor

se pintó una mueca sarcástica que Carol captó en todo su valor.

Dejó pasar unos cuantos segundos de silencio y luego espetó con la mayor inocencia del mundo:

—Sé lo que está usted pensando, inspector —afirmó—. Eso me hace pensar que es usted mucho más imbécil que lo que me figuraba. Ciertamente que Cliff y yo hemos pasado la noche juntos en mi apartamento. Pero ¿qué pareja no lo hace en su noche de bodas? ¿Qué pareja recién casada...?

Solté un respingo quedándome perplejo, pero aún fue mayor el que dio
O'Connor.

Con el rostro congestionado, tartamudeó:

—¿Que... que... usted...?

Ella le atajó con un gesto.

—Sí. Me casé con él. ¿Importa algo? Sé que en estos casos la ley me impide declarar en favor o en contra de mi marido. Pero piense bien en esto, polizonte: Cliff y yo nos casamos sobre las tres de la mañana. A partir de esa hora, yo no puedo hacer nada con mis declaraciones en favor de mi marido. Pero desde las siete de la tarde, hora en que le encontré, hasta las tres de la madrugada, hora en que nos casamos, sí puedo declarar bajo juramento lo que hizo hasta que nos presentamos en casa del juez. —Hizo una pausa y añadió, burlona—: ¿Quiere que le enseñe el certificado matrimonial, inspector?

O'Connor

lanzó una palabrota que me hizo dudar de las enseñanzas de la academia de Quántico. Luego retrocedió hasta la puerta. Una vez en ella, nos señaló a ambos con el dedo.

—Voy a confrontar todo eso, *mistress* Ker —dijo, secamente—. No me cabe en la cabeza eso de un amor fulminante, como en una novela barata, se haya enamorado de un bastardo. De un montón de carne de presidio. De un hombre que tiene en su poder millón y medio de joyas, y que espera una oportunidad para sacarlas de su escondite. De un hombre que, si como declaró en el juicio que le envió a Alcatraz por diez años, nada hubiera tenido que ver con el mencionado robo, hubiera declarado contra los que le ayudaron, o en todo caso, contra los que lo cometieron. Pero no hizo nada de esto. Calló sin decir palabra cargando con todas las consecuencias, con todos los agravantes del caso. ¿Por qué? Yo se lo diré, *mistress* Ker: Porque esperaba salir un día y convertirse en un potentado. Sólo por eso. —Nos miró escrutadoramente durante un espacio de tiempo que sé me antojó muy largo, y añadió después—: Hay algo más que un simple matrimonio por amor en esta boda, *mistress* Ker. Algo que me propongo averiguar. Pero sea lo que sea, no se fíe de esa rata. Es carne de presidio. Tenga cuidado de no verse envuelta en los asuntos de él, si no lo está ya.

Salió del apartamento dando un formidable portazo.
Entonces me volví para mirarla.
Sólo alcancé a ver su espalda.
La seguí.

CAPÍTULO IX

—¿Qué has adelantado con mentir de ese modo? —pregunté—. O'Connor

no tardará en averiguarlo.

Se sentó en la cama y me miró mientras yo daba unos cuantos pasos en el interior del dormitorio. Confieso que no entendí su sonrisa hasta que ella no empezó a explicarse.

—No he mentido, Cliff —replicó—. Soy tu mujer desde anoche a las tres de la madrugada. Nos casamos, querido. Claro que tuve que emborracharte primero, cosa que no me costó mucho trabajo. Diez años en presidio, quitan a cualquier hombre la costumbre de beber.

Seguí avanzando y se puso en pie.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté—. Contesta.

Sonrió, burlona.

—Averígualo tú, querido.

Creí entenderla, ¡estúpido de mí!

Por lo tanto, di otro paso e intenté abarcarla por la cintura.

Me puso las manos en el pecho y me empujó hacia atrás.

—¡Carol! —exclamé—. ¿Qué significa esto?

Se rió. Se estaba burlando de mí. Me estaba mostrando su morena garganta.

Avancé y ella retrocedió más.

—¿Qué significa esto? ¡Habla!

Volvió a reír.

—Te lo explicaré, Cliff. Y no te acerques. No pienso dejar que me pongas encima tus sucias manos. Sí, Cliff, estamos casados. —Dio media vuelta y fue al ropero. De entre un montón de finas prendas íntimas, sacó un papel y me lo entregó. Me bastó una simple ojeada para darme cuenta de que, verdaderamente, Carol Evanz era mi esposa. Fue entonces cuando ella siguió hablando—: Un matrimonio por conveniencia mía. Verás, yo razono de esta

manera: Repentinamente te reconozco en el

«Garden's»

y recuerdo toda la historia. Me doy cuenta de que te has pasado diez años en Alcatraz, pero que la policía, más concretamente el

F. B. I.,

no ha logrado recuperar las joyas que fueron robadas. Mientras voy contigo de un lado para otro me pongo a razonar. Resultado el siguiente: las tienes tú, Cliff. Millón y medio de dólares. Es demasiado hasta para una mujer como yo. Sigo razonando, Cliff. Esto significan automóviles, abrigo de piel, otro mundo para mí. Tú no sabes lo que he llegado a pasar desde que empecé con el periodismo. Miserias, hambre... Incluso fui corresponsal de guerra. Me he tenido que defender de los soldados con uñas y dientes. Me he tenido que defender sola de todos los hombres que he conocido, y hasta de los desconocidos. No podía desaprovechar una ocasión así. Tú tienes las joyas. Por eso me ha casado contigo, querido. Para no dejarte ni a sol ni a sombra hasta que te decidas a sacarlas de su escondrijo. —Rió de nuevo y añadió—: ¿Algo en contra?

Vacíé sintiendo el deseo casi incontenible de golpearla. Donna había mentido tal vez obligada por algo que yo no llegaba a comprender. Pero ¿y Carol?

Era mucho peor. Mucho peor que la más baja aventurera. Mucho peor que cualquiera de las vividoras de la calle Fremond.

—Entonces, ¿tú crees que yo tengo las joyas?

—¡Claro, Cliff! Es sencillo de deducir. Fíjate en las palabras de ese polizonte. Tú las tienes. No me cabe la menor duda.

—¿Y esperas que te lleve hasta ellas?

—Sí, Cliff. Eso espero. Si no...

—¿Qué?

Sonrió de nuevo.

—Hay cierta pistola. ¿Comprendes?

Sí, la comprendí al instante. Carol estaba hablando de la automática que debió encontrar en mi bolsillo. La misma que habían empleado para matar a Alvia.

—¿Qué intentas decirme, Carol?

Mostró sus dientes en una helada sonrisa.

—Es bien sencillo, querido —se burló—. Tan sencillo que no me cabe en la cabeza que no lo hayas adivinado aún. Pero en fin, te lo

explicaré con claridad, Cliff. Una pistola, una simple y negra pistola que encontré en tu bolsillo trasero del pantalón. Una pistola, que si no encuentras pronto las joyas, iré a parar al Departamento de Balística del

F. B. I.

Piénsalo bien, querido.

¿Qué sabía ella?

Pregunté al efecto, comiéndome por el momento la cólera casi irracional que sentía:

—¿Por qué precisamente mi pistola, Carol?

—¿No lo comprendes aún? Pues es tan sencillo como lo anterior, querido. Un hombre que acaba de salir de Alcatraz no se atreve a llevar consigo un arma, sabiendo que esto le puede costar de nuevo la libertad. Ahora bien, ¿por qué la tienes tú? Porque posiblemente la encontraste en el apartamento de Alvia Callowan. Porque posiblemente fue con esta automática con la que le quitaron la vida. Porque al verla, no pudiste resistir la tentación de poseerla o también porque tal vez hayas llegado a un punto en el que no tengas más remedio que necesitar una. Si mal no recuerdo, aquí en Las Vegas, se encuentran Bennister y Riconti. ¿Razono bien, amor?

—Es un chantaje, Carol.

—¡Claro que lo es! Apuesto a que tomaste el arma sin usar guantes. Unas bonitas huellas tuyas serán las que tiene el arma. ¿Qué dirá la policía cuando lo descubra?

Avancé hacia ella.

—Dame esa automática, Carol.

—No, querido. Es mi... digamos mi defensa en el caso de que intentes jugársela a tu esposa, maridito mío.

Di otro paso y alargué la mano. Retrocedió de un salto.

—¡No me toques! ¡No me pongas las manos encima, carne de horca!

Avancé de nuevo, y entonces la golpeé.

Carol cayó al suelo entre un revuelo de transparente nylon y magníficas piernas, pero a pesar de que el espectáculo era interesante en demasía, no me fijé en ello.

—¡Cerdo! ¡Rufián! ¡Canalla!

Se puso en pie avanzando hacia mí con las uñas prestas a marcarme la cara. La sujeté por las muñecas y se las retorcí

salvajemente.

No lanzó un solo gemido ni dijo nada, pero vi cómo se mordía los labios.

—Dame la pistola, Carol. Será mucho mejor para ti.

—¡Cerdo! ¡Presidiario!

Calló mirándome de frente, y entonces hizo algo que no debió hacer nunca: me escupió a la cara.

Un hombre, cuando ha estado tanto tiempo en presidio, pierde los sentimientos, pierde hasta el alma, pierde la decencia, el corazón y... en fin, lo pierde todo.

Fue entonces cuando la golpeé. Primero dos bofetadas, después de soltar sus muñecas, que la lanzaron contra la cama donde cayó hecha un ovillo.

Me precipité hacia ella y la prendí por los hombros notando bajo mis dedos la dureza de su carne prieta y juvenil.

Intentó apartarse, y la bata, conjuntamente con el nylon que había debajo, se rasgó por completo.

—¡La pistola, Carol!

La golpeé con el puño tirándola al suelo, y seguí golpeándola hasta que perdí el aliento.

Después, me agaché junto a ella y la deposité blandamente sobre la cama. Sangraba por la nariz y por la boca, y había perdido todo instinto de lucha.

—La pistola, Carol.

Con un desmayado gesto de su mano me indicó dónde estaba.

La tomé, y con ella en el bolsillo trasero del pantalón, me acerqué a la cama.

Carol tenía los labios hinchados, un ojo se mostraba con un inusitado color morado, y algunos verdugones en la hermosa cara, que ya no lo era tanto.

Maldije interiormente y me incliné, besándola fuertemente en la boca.

—No tendrás un solo dólar, querida —dije—. Y ahora, de esta manera no creo que me sigas los pasos para ver si voy a buscar esas joyas o a otro sitio cualquiera. Lo siento, amor. Pero tú me has obligado a ello. Ahora estás cogida en tu propia trampa. Veremos cómo te las compones para declarar contra mi siendo mi esposa.

No replicó, pero vi lágrimas en sus ojos.

No deseando decir lo que pensaba, giré en redondo hacia la puerta y abandoné el apartamento, no sin antes haber registrado el bolso de ella en busca de un llavín de la puerta, para poder entrar cuando se me antojara.

CAPÍTULO X

La calle.

Era Cedergrove Avenue, el número 1508.

Un taxi. El «Mochuelo». Al Bennister.

Pero no estaba. No podía estar en modo alguno a aquellas horas. Pregunté al barman, mientras ingería un vaso de «*bourbon*».

—¿A qué hora suele venir?

—No antes de las diez de la noche.

Pensé con rapidez.

—Es una lástima —dije—. Tengo un recado importante para él y no se lo podré dar. A las diez de la noche ya estaré fuera de Las Vegas. Voy de paso, ¿sabe? Y el asunto es complicado, importante y confidencial. —Metí la mano en el bolsillo y saqué, con dolor de mi corazón, un billete de cien dólares que le mostré levemente—. ¿No podría indicarme dónde vive?

El barman miró en torno, después, al parecer tranquilizado al no ver otro empleado en la sala de juego, alargó la mano e hizo desaparecer el billete en uno de sus bolsillos.

—Vive en una quinta de recreo en las afueras. Está un poco lejos, míster. A unas cuantas millas de Las Vegas.

Me indicó el emplazamiento y salí de allí dispuesto a verle. A matarle, si fuera preciso.

A seis millas de Las Vegas, y a diez de Baker, por la carretera del desierto.

Un infierno bajo un sol de fuego. Pero una buena vía de escape, si las cosas se daban mal dadas.

Tomé un taxi que me dejó en la carretera. Miré de un lado a otro. Seis millas son muchas millas para andarlas con el ascua del sol por encima de la cabeza.

Esperé.

Tal vez algún camión pasara por allí.

Pasó más de un cuarto de hora antes de que empezara a ponerme en movimiento, dado mi escasa suerte al pretender practicar el «auto stop», y una hora larga antes que un pesado camión de quince toneladas se detuviera a mi lado con un violento chirriar de frenos.

—¿Va a Baker? Vamos, suba.

Le miré agradecido y subí. El camión se puso en marcha, y entonces repliqué:

—No, sólo a cuatro, o mejor dicho, a cinco millas de aquí.

—Entonces al rancho de Ben Talbot, ¿no?

El hombre tenía ganas de hablar, y yo repliqué en una forma que no dejaba lugar a dudas. Sí, efectivamente, iba al rancho de aquel tal Ben Talbot, al que no había visto en mi vida, al que no conocía.

El interés del hombre pareció perderse en aquel punto, y entonces empezó a hablar de política.

Seguimos discutiendo en algunos puntos, hasta que, repentinamente, detuvo el camión.

—Bien, amigo. Ha llegado usted.

Le di las gracias y me apeé.

Ya estaba allí. Ahora lo más difícil sería volver a Las Vegas, si es que lo conseguía.

Esperé a que el camión se hubiera alejado lo suficiente y entonces empecé a andar carretera adelante.

Una milla. Luego otra, y, finalmente, la casa de ladrillo rojo.

Sudaba por todos los poros del cuerpo, y eso que eran más de las cinco de la tarde cuando alcancé la bifurcación de la misma.

Leí el letrero que había al mismo borde de la carretera. «Villa Bennister». Aquel cerdo había puesto su apellido a la quinta.

Me metí por el ancho y polvoriento camino deslizándola automática del bolsillo trasero del pantalón al de la chaqueta.

Caminé por espacio de un buen rato antes de verla.

Una magnífica quinta de recreo, si es que verdaderamente allí se podía recrear uno, con el sol, el desierto paisaje, y los escasos árboles, raquíticos en demasía.

Extraño sitio para vivir.

Más cerca, distinguí con entera claridad la entrada. La quinta parecía estar desierta, vacía. Pero no debía ser así, ya que frente a

mí, y en la misma puerta, había aparcados dos automóviles. Un «Mercedes Benz», modelo *sport*, de importación y un «Cadillac».

Un «Cadillac» que yo había visto una sola vez, y que reconocería entre mil.

Era el «Cadillac» que había llevado a Alvia, desde donde quiera que fuera hasta su apartamento, la primera madrugada que yo pasé en Las Vegas.

Seguí avanzando con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, empuñando la automática.

Bennister tenía visita, y era muy posible que la mía fuera a todas luces inoportuna.

Intenté sonreír ante mi propio pensamiento, y redoblé las precauciones, diciéndome que si miraban por alguna de las ventanas, necesariamente tenían que verme, dado lo desolado del paisaje.

Me detuve junto al «Cadillac» y miré. Reinaba en torno el mismo silencio. La puerta principal de la quinta estaba abierta de par en par, y esto me asombró un tanto.

Avancé y subí los escalones que daban acceso al porche.

¿De quién era el «Cadillac»? ¿De Bennister? ¿De Aldo Riconti? ¿Y el «Mercedes»?

Entré.

Miré en torno lanzando una rápida mirada circular. Seguía el silencio.

El vestíbulo estaba amueblado con un lujo exquisito, sin estridencias a lo nuevo rico.

Bennister me estaba asombrando. Por lo visto, era un tipo de gusto.

Había varias puertas en torno al vestíbulo, pero ninguna estaba abierta.

Me acerqué a la escalera que conducía al piso superior. Mis pasos eran ahogados por la recia alfombra del suelo.

Puse el pie en el primer peldaño. La cosa no me gustaba. El silencio se me antojó impresionante, extraño.

Dado el carácter de Bennister, lo que aún me extrañaba más, es que no hubiera tropezado con ninguno de los gorilas que le guardaban la espalda y que conocía de antiguo.

Empecé a subir cada vez más despacio, hasta que alcancé el

primer descansillo, dando vista a una cerrada puerta.

Me detuve unos segundos e intenté avanzar de nuevo.

Entonces les vi. Dos.

Red Commer y Jim Halloway.

Miembros de la antigua banda. Conocidos todos. Atracadores. Dos fulanos que ayudaron a hacer desaparecer millón y medio en joyas.

También me vieron. Inicié una torcida sonrisa. Y fue un error por parte mía.

Un error que estoy dispuesto a jurar no repetir más.

Y es que ellos ni se miraron. Ni hicieron nada por transmitirse una consigna, pero en el acto ambos llevaron las manos a las axilas.

Salté de costado hacia la pared, ya con la mano fuera del bolsillo de la chaqueta y empuñando la automática.

Vi con claridad los fogonazos y oí empotrarse las balas contra la pared, mientras el estuco saltaba junto a mi cabeza.

Me dejé caer de rodillas y disparé. Disparé dos veces. Con una pistola cuyo primer proyectil había servido para asesinar a una mujer. Proyectil que estaría en el Departamento de Balística del F. B. I.,

si es que los federales creían que el asesinato de Alvia estaba ligado con el robo de las joyas, como así me había dado a entender el inspector

O'Connor.

Cayeron los dos rebotando encima de los escalones, hasta llegar junto a mis pies.

Red Commer había muerto. Tenía un orificio en el centro de la frente.

Halloway, aunque no viviría mucho tiempo, seguía vivo. Cayó boca arriba y vi en sus ojos la expresión de dolor que sentía. El plomo de mi automática le estaba abrasando los intestinos.

Me incliné sobre el, sin perder de vista la puerta que ellos abrieron.

—Hola, Halloway —dije sin cordialidad alguna—. Celebro verte.

—¡Marrano! Me... me has...

—Desde luego de ésta no escapas. Estás listo, Halloway. ¿Por qué no contestas a una pregunta? —Y la formulé antes de que pudiera impedirlo, si es que realmente le interesaba hacerlo—:

¿Dónde están las joyas?

Vi que se estremecía sin apartar sus ojos de mí.

—Maldi... to bastardo... —farfulló—. Las tienes tú... Riconti y Bennister... lo dijeron... Maldito...

Volvió a estremecerse y me enderecé llevando el cañón de la automática al frente.

Seguí subiendo. El silencio, después que había sido roto levemente por las armas, todas ellas provistas de silenciador, continuaba siendo tan extraño como antes.

Tan mortal, para mejor definirlo.

Alancé él piso superior y me interné por el pasillo. Un ancho pasillo con cinco puertas abiertas a ambos lados del mismo.

Miré.

Un dormitorio. Otro y otro.

El despacho. Junto al marco de la puerta me inmovilicé.

Aldo Riconti me había dicho que para aquella misma noche estaba citado con Bennister para tratar de mi humilde persona. Yo había adelantado la cita en lo que a Bennister se refiere, pero el «gángster» no podría recibirme en modo alguno.

Estaba muerto. Caído al lado de la lujosa mesa despacho, con dos orificios de bala en el pecho.

Junto a la ventana, con la cara contra las losas del piso, se encontraba Pete Duncan. Muerto también. Una bala le había entrado por la espalda a la altura del corazón.

Yo salí de Alcatraz dispuesto a la venganza, pero alguien lo estaba haciendo por mí. ¿Quién y por qué?

Lo primero me ofrecía dudas. En lo segundo estaba seguro.

Alguien había estado aguardando diez años para quedarse con todo el botín, sabiendo que al salir de Alcatraz yo pensaría en lo mismo. Nada como hacer recaer todas las sospechas sobre mí.

Alvia había muerto. La pistola que la mató había servido también para eliminar del mundo de los vivos a dos conocidos «gangsters».

Pero ¿quién?

Sólo había un nombre para mí en aquellos momentos. Aldo Riconti. Sí, pero ¿cómo probarlo?

Los indicios, las balas disparadas con la automática que llevaba en la mano, eran pruebas más que sobradas para enviarme a la

cámara de gas si me pescaban. También estaban mis antecedentes de presidiario.

Estaba el inspector
O'Connor
que no me podía ver.

Estaba todo. Todo contra mí.

Miré en torno, buscando cualquier indicio, preguntándome cuánto tiempo tardaría la policía en presentarse en la quinta y descubrir aquellos cuatro cadáveres, dos de los cuales había liquidado yo.

Y los otros dos también. Esto es lo que pensarían. Dirían que cambié de pistola. Eso es todo.

Necesitaba un refugio. Un buen refugio.

¿Donna o Carol?

Prefería la primera. Una mujer que me quería. Una mujer que fue fiel a mi recuerdo, a pesar de saber que yo pertenecía a otra.

Giraba ya hacia la puerta del despacho, cuando el ruido del motor de un automóvil al ponerse en marcha me hizo lanzar una maldición.

Salté hacia la ventana y me asomé.

Sólo tuve tiempo de ver al «Mercedes Benz» salir lanzado hacia la carretera, ya entre dos luces, y al volante lo que me pareció la figura de una mujer.

—¿Una mujer?

La cosa se complicaba. ¿Quién? ¿Qué mujeres conocía yo, aparte de Carol y Donna?

Corrí hacia abajo después de registrar a los dos muertos para quitarles los llaveros.

Junto al «Cadillac» probé las llaves que había encontrado en el bolsillo del cadáver de Pete Duncan e intenté abrir la portezuela. El pestillo giró sin necesidad de forzarlo.

Frente al volante repetí la operación con el contacto. Di el encendido, embragué e hice girar el volante para dar la vuelta.

Alcancé la carretera mirando hacia Baker, pero con los ojos, ya que el motor del «Cadillac» apuntaba hacia Las Vegas.

Estaba despreciando tal vez la única oportunidad de huir de allí, pasar al Estado vecino, y de allí, por carretera, tal vez cruzando la siempre desierta que atraviesa el Valle de la Muerte, pasar lo más

rápídamente a San Francisco o Los Ángeles.

Desde allí, tal vez a América del Sur. A Argentina o Brasil. ¿Qué más daba?

Pero no lo hice. No me hizo desistir de ello ni el fantasma de la cámara de gas. Tenía una cuenta pendiente aún en Las Vegas, y ésta quería cobrarla yo a toda costa.

CAPÍTULO XI

Un cuerpo fantástico, y unas piernas de campeonato eso era Carol para mí.

Tan hermosa como lista. Tan lista como ambiciosa. ¿Era ella y por ambición?

La creía capaz. Muy capaz de hacer todo aquello. Se había casado conmigo para después efectuar un chantaje. Un chantaje por valor de millón y medio de dólares.

¡Maldita fuera! Otra que tal. ¡Para que me fíe de las damas que me salen al paso!

¿Y Donna?

Aquello era diferente. Nada parecía haber entre los dos como no fuera yo mismo. De las tres, contando a Alvia, claro es, Donna era la mejor.

Un refugio. Iría a su casa. Tal vez cuando regresara de su representación reanudaríamos la nuestra, la que interrumpimos cuando Alvia telefoneó a aquella hora tan intempestiva.

Fue la última vez que oí su voz.

Aparqué el «Cadillac» a la entrada de Las Vegas, y me interné a pie por una de sus calles, procurando mezclarme con la gente que iba de un lado para otro.

Era completamente de noche cuando consulté mi reloj. Las nueve y media. Hice señas a un taxi y di la dirección de Donna. Pero lo hice a la altura de número de su apartamento, en la calle que corría paralela a la de ésta.

No deseaba dar muchas facilidades a la «bofia», si se daba el caso de que ya me estuvieran buscando. El taxista podía recordarme y no deseaba en modo alguno que supiera dónde me había metido.

Cuando se alejó, anduve cerca de una cuadra, antes de doblar la esquina. Después, mirando a todos lados, alcancé el apartamento de Donna, sin que, al parecer me hubiera seguido nadie.

Antes de atravesar la calle para entrar, volví a mirar. No estaba vigilado. Mi olfato, desarrollado en extremo en el penal, no me indicaba la presencia de ningún maldito polizonte.

Penetré en el portal y de éste al ascensor.

Atravesé el pasillo y me detuve frente a la letra B, pensando que era muy posible que ella se encontrara aún allí.

Pulsé el timbre.

Cierto que Donna dijo que si me marchaba a casa de Alvia no volviera más por su apartamento. Pero cierto también que ella ya sabría, por los periódicos, que había sido asesinada. No tendría más remedio que comprender que su llamada me justificaba.

Volví a apretar el timbre.

Esperé.

Tres o cuatro minutos, a lo sumo. Lo mismo que la vez anterior. Iba a pulsarlo de nuevo cuando la puerta se abrió.

Donna.

Me miró de pies a cabeza. Después la escalera. Abrió más la puerta y se apartó.

—Vamos, pasa, Cliff. Sé que eres un cerdo y que no debía recibirte, pero me gustas.

Cerró la puerta a mi espalda, y luego me volví para admirarla de frente apenas cubierta con una bata de casa.

Después, llevándola de la cintura, fuimos al «*living*».

—Habla mientras me visto, Cliff —dijo, soltándose de mi brazo—. Es tarde y tengo prisa.

—Te entretendré poco, preciosa.

—Aún así, debo vestirme entretanto.

Empezó a quitarse la bata, y algo debió ver en mis ojos, ya que rió burlona.

—No temas, querido.

Lo comprendí cuando la bata cayó al suelo. Estaba materialmente envuelta en mallas. Mallas de las que usan todas las bailarinas.

Pero aquello era mucho peor. Estaba más hermosa. Más provocativa que en el escenario.

Como un sueño, como una maldición.

—Siempre que voy tarde, me visto primero así —explicó—. Después, voy más aprisa en el camerino. Sólo he de quitarme el

vestido. ¿Comprendes?

Lo explicaba, pero no se acercaba a mí.

Supuse que ella se daba cuenta que no debía hacerlo.

Supuse también que preguntaría algo con objeto de que mis pensamientos fueran otros.

Así fue, ya que añadió a lo anteriormente dicho:

—Habla, Cliff. Aún no me has dicho lo qué quieres.

—Es difícil hablar fríamente viéndote así, querida.

Rió de nuevo.

—No seas niño —replicó—. Vamos. ¿Qué quieres?

Hice un esfuerzo y logré coordinar mis ideas.

—Un par de preguntas, Donna. ¿Sabías que Pete Duncan estaba en Las Vegas?

Me miró, encogiéndose de hombros.

—Creo recordar que preguntaste por él. ¿O tal vez no? —Vaciló unos segundos y replicó—: No, no lo sabía.

—Gracias, Donna. Ahora otra. ¿Qué sabes de un «Mercedes Benz», tipo *sport*, último modelo, matrícula Y. X. 15 N. 254, pintado en negro brillante?

—¡Cliff! ¡Pero si ése es el automóvil de Pete Duncan! ¿Es que le has visto?

—A él no, pero sí al automóvil.

Me miró a los ojos unos segundos, luego dio media vuelta y avanzó hacia su dormitorio.

—Sírrete de beber si quieres, querido —dijo sin volverse—. En seguida estoy.

Desapareció de mi vista para regresar un cuarto de hora más tarde, con un traje de calle. Vestida, pero yo sabía que debajo de la ropa que llevaba puesta sólo había mallas, transparentes como el cristal.

Lo hizo consultando su relojito de pulsera.

—Me quedan quince minutos para estar aquí, Cliff —dijo, acercándose hasta rozarme—. Dime, ¿qué idea se ha cocido en tu cabeza?

—¿A qué te refieres? ¿A las preguntas que te he hecho sobre Pete Duncan?

—Sí, claro. ¿Qué estás tramando?

En vez de contestar a su pregunta, formulé otra, en tono casual:

—A propósito de automóvil. También he visto un «Cadillac» matrícula de Las Vegas. —Acto seguido di el número y las letras pertinentes. Después, agregué—: Apuesto a que es propiedad de Bennister, ¿verdad?

Me miró largamente, como preguntándose dónde diablos quería ir a parar con todo aquello. Después, replicó.

—Sí, es de Bennister. ¿Por qué?

No contesté tampoco, pero sí pregunté de nuevo:

—¿Qué relaciones tenía Alvia con Bennister?

—¡Pero, Cliff! ¿A qué viene todo esto?

—Escucha, ricura. Estoy dando palos de ciego desde que llegué a Las Vegas. Ahora veo un poco claro y trato de atar cabos. —Pensé en

O'Connor

y añadí—: Y me queda poco tiempo, Donna. ¿Quieres contestar a mi pregunta?

—Pero...

—Mira, ricura... —dije, procurando armarme de paciencia—. Ese «Cadillac», el mismo día que llegué a Las Vegas, fue conducido hasta el apartamiento de Alvia. Aparcó frente a mí y vi cómo ella era besada, de qué forma correspondía a la caricia, y cómo después iniciaba, por cuenta propia, otro nuevo beso. Era Bennister, ¿no?

—Sí, Cliff —replicó al fin—. Era Bennister. Lo ha sido durante estos diez años en que tú has faltado de aquí.

—De acuerdo, Donna. Te agradezco que me digas la verdad. —La miré en silencio unos cuantos minutos, y después pregunté—: ¿Sabes que Alvia ha muerto asesinada?

Nada cambió en su rostro cuando replicó:

—Sí, querido. Lo leí hoy en el periódico. Un asesinato. La policía dice que en el lugar del crimen no se encontró el arma y que tienen una pista que les llevará pronto al descubrimiento del criminal. Lo de siempre, Cliff. —Me miró—. ¡Cliff! ¡Tú... tú estuviste allí!

—Yo no la maté, aunque no puedo probarlo, Donna —repliqué, fríamente—. Estaba muerta cuando llegué. Tú estabas aquí, conmigo, cuando llamó. Y a propósito de esto, Donna: el inspector O'Connor, del F.B.I., vino a verme. Dijo que te había interrogado y que negaste haberme visto. Que negaste que yo hubiera estado aquí contigo.

Incluso dijiste que no sabías que yo estuviera en Las Vegas. ¿Por qué?

Me puse en pie frente a ella.

—Yo no he visto a ese inspector, Cliff. Ni siquiera sé quién es.

—Estás mintiendo, querida —pregunté, fríamente—. ¿Por qué?



—Estás mintiendo, querida...

—¡Cliff! —Miró su reloj—. ¡Oh, Cliff! Tengo que irme.

Dio media vuelta y emprendió la retirada, pero yo ahora, en aquel momento, no estaba dispuesto a darle tregua. Como tampoco me la daban a mí. Ella, Riconti, y otros dos o tres más, de la antigua banda, no irían a ninguna parte, era yo el que se enfrentaba con ellos, al mismo tiempo que con toda la policía.

Al mismo tiempo que con la cámara de gas. Aquello era mucho peor que regresar de nuevo a Alcatraz.

La prendí del brazo, volviéndola cara a mí.

Sus ojos eran dos cuchillos de fuego cuando los enfrenté a los míos.

—¡Cliff!

—Escucha, ricura —dije—. Tú no irás esta noche a ningún sitio, al menos que contestes a todas mis preguntas. Pero con la verdad, querida. ¿Entiendes?

—Pero qué diablos...

—Nada de diablos, gatita —repliqué—. Tú viste a O'Connor.

Estoy seguro de ello.

O'Connor,

como todos, es un despreciable sabueso, pero siempre dice la verdad. —Le miré y añadí, suavemente—: Vamos, querida. Sé que te presionaron para que dijeras esto. ¿Quién?

—¡Estás loco, Cliff! Nadie me presionó. Y ahora suéltame.

Dio un tirón y se libró de mi mano. Fue hacia la puerta, y justamente en el centro del «*living*» la alcancé de nuevo. Se volvió para enfrentarme como una fiera.

—Escucha, Cliff. Debo ir a trabajar, ¿comprendes? Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Este apartamento es tanto tuyo como mío, querido. Ahora déjame ir.

—¿Quién te presionó, Donna?

—¡Vete al diablo, estúpido bastardo! No vi a ese...

La golpeé. Le di un par de bofetadas y Donna cayó al suelo. Vi de nuevo las mallas bajo la falda, pero no me causó sensación alguna.

Hecha un ovillo, con la corta falda por la cintura, desde el suelo me miró:

—¡Perro! ¡Perro bastardo!

Me acerqué, la prendí por los hombros y tiré. La blusa se rasgó, pero tampoco reparé en ello.

Teniéndola junto a mí, jadeante, con los senos alentando trabajosamente, espeté, mordiendo las palabras:

—Vas a escupir todo lo que sepas, ricura. Dices que me quieres, y, sin embargo, no me prestas tu ayuda. ¡Extraño cariño el tuyo! —Dejé de hablar a ver si decía algo y añadí, en vista de su silencio—: Vas a hablar como una cotorra, Donna. He venido a Las Vegas a por esas joyas. Primero, puede que me hubiera contentado con una parte, o con nada. Pero diez años en Alcatraz tienen un precio, por lo menos para mí. Exactamente millón y medio de dólares, ricura. Alguien las tiene. Ya en una ocasión creo que te dejé entrever algo. Las quiero todas, y voy a conseguirlas, aunque tenga que pasar por encima de ti. ¿Quién te presionó? ¿Quién tiene esas joyas ahora?

Me miró intensamente, agrandando los ojos.

—¡Cliff! Pero... pero si todos creíamos que las tenías tú.

—¡Imbécil! Si las hubiera tenido, nunca hubiera venido a Las Vegas. Hubiera mandado a alguien para que los fuera liquidando a todos.

—Cliff, yo...

—Habla, Donna, y no me hagas perder la paciencia. Ante todo, quiero que me digas quién te ordenó dar esa contestación a la policía. ¡Di!

La solté poco a poco esperando algo que más tarde o más temprano tenía que llegar. Estaba dispuesto a todo.

Puede que Donna me quisiera. Puede que incluso hubiera sido fiel a mi recuerdo, y puede que tuviera miedo a las consecuencias si hablaba.

De cualquier forma, primero era yo. Era mi pellejo el que peligraba. Cuanto más tiempo estuviera en Las Vegas, más patente se haría este peligro.

Un peligro mortal, y no por causa de Riconti precisamente.

Un peligro que me cerraría todas las vías de escape en el momento que se descubrieran aquellos cadáveres en la quinta.

La miré de nuevo. Silenciosa, inmóvil, con un gesto retador en su barbilla levantada hacia mí y un inusitado brillo en las pupilas.

—Te he dicho todo cuanto sabía, Cliff —replicó—. Todo. Pero fíjate bien. Aunque así no fuera, no te lo diría tampoco. ¿Sabes por

qué? Porque ningún perro bastardo con pantalones me golpeó nunca, y tú lo has hecho.

Lo hice de nuevo, en la boca, lanzándola sobre el sofá contra el cual golpeó para luego ir al suelo como un saco.

Me acerqué y la abofeteé de un lado para otro hasta que la oí gemir.

—Por favor, Cliff, hablaré... Fue... fue Riconti. Amenazó con rescindir el contrato si... si no lo hacía así.

—¿Cómo sabía Riconti que yo había ido a ver a Alvia?

—Eso no lo sé, a menos... a menos que él sea el asesino. Yo...

La atajé con un gesto, y luego, sin mirar sus destrozadas ropas, la ayudé a incorporarse. La senté en el sofá y preparé un par de *whiskys*.

Tenía sangre en la boca, y sus labios estaban partidos, pero no hacía nada para remediarlo. Simplemente permanecía inmóvil, mirándome.

—Toma y bebe. Lo estás necesitando.

Bebió. Y entonces la vi hacer un gesto de dolor cuando el ardiente líquido le abrasó la garganta.

—¿Con que Riconti, eh?

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo, nena —repliqué—. Si hubieras sido buena chica desde un principio, te hubieras ahorrado unos cuantos mamporros.

—Te has vuelto muy duro, Cliff. Antes...

—Antes no había visto Alcatraz, querida. Sólo por fuera.

—Sí, pero no debiste...

—Dejemos esto ahora, Donna —atajé—. ¿Ahora viene otra pregunta? Tal vez la última. ¿Qué sabes de una mujer llamada Carol Reeves?

—Es... es una periodista. En asuntos criminales no hay quien la gane en Las Vegas. Creo, al decir de los entendidos, que el diario que representa le paga un precio fabuloso por tenerla con ellos.

—¿Nada más?

—No, Cliff, nada más.

La miré. En su rostro, lo mismo que en el de Carol, estaban las huellas de mis golpes, pero en contra de lo que yo esperaba, ni en sus ojos ni en su voz había rencor hacia mí.

—¿Dónde vive Riconti, Donna?

—¡Cliff! No irás a...

—¿Dónde?

Me acerqué a ella, y se hizo un ovillo en el sofá mientras agrandaba los ojos.

—Por favor Cliff, te lo diré ahora mismo... Vive en...

El súbdito timbrazo de la puerta la interrumpió.

Ambos nos miramos durante unos segundos.

—¿Algún amigo extrañado de tu tardanza, ricura?

Se puso en pie mirándome a los ojos.

—Eres un cerdo, Cliff —afirmó.

Lo que es verdad, y por eso callé ante el epíteto.

—Ve a abrir.

—¿Así? ¿No te das cuenta de cómo me has puesto?

—Anda, ve. Puedes dar la explicación que más te acomode, si es un conocido. ¡Vamos, date pri...!

Nuevo timbrazo y nueva interrupción.

Donna me miró largamente y luego avanzó hacia la puerta del «*living*». Desapareció por ella cuando yo ya estaba detrás, con la automática empuñada en el bolsillo de la chaqueta, pero dispuesto a arrojarla dentro de cualquier cacharro si era la policía la que estaba en la puerta.

No lo era.

Era Carol Reeves.

Era mi mujer.

Era la mujer que deseaba, ni más ni menos, que un millón y medio de dólares en joyas.

Ni más ni menos que lo que deseaba yo.

CAPÍTULO XII

Deslicé de nuevo la pistola al bolsillo trasero del pantalón, y semioculto por el marco de la puerta, esperé.

—¿Qué desea?

Carol la miró atentamente.

—Estoy buscando a Cliff Ker. He pensado que podía estar aquí.

Donna vaciló unos segundos.

—No conozco a ningún Cliff Ker, *miss*. Creo que se equivoca.

Carol soltó una tenue risita.

—¡No me diga, preciosa! —dijo en tono irónico—. ¿Se ha visto la cara? Cliff acostumbra a comportarse de esa manera con las damas. No se fía de ellas. Ni de mí. ¡Vamos, querida! Apártese de la puerta. Cliff es mi marido y le necesito.

Donna soltó una exclamación y se apartó de manera instintiva, momento que aprovechó Carol para colarse dentro de rondón.

Entonces la vi. Vi el coquetón sombrerito que llevaba encima de su preciosa cabeza. Vi también el velo que ocultaba parte de su cara y comprendí por qué se lo había puesto.

Vestía un traje sastre, blanco, guantes hasta el codo, y dejaba ver sus bien torneadas rodillas, y buena parte de sus magníficas piernas enfundadas en nylon bien relleno.

Antes que pudiera decir una palabra más, espeté:

—Hola, querida. ¿A qué vienes? ¿A echarme a los perros?

Me mostró su dentadura en una dulce sonrisa. Una sonrisa tan dulce, como la que pudiera tener un loco, si éste supiera sonreír.

—Nada de eso, primor. Simplemente que tu mujercita te espera. Tengo deseos de continuar cierta conversación contigo, querido. —Miró a Donna, que permanecía silenciosa, mirándonos a los dos, y añadió en tono incisivo—: Y usted, *miss* Reeves, de ahora en adelante tenga cuidado con Cliff. Es de mi exclusiva propiedad, encanto. Si la veo hacerle una carantoña, creo que le sacaré los ojos.

Tiró de mí.

Donna no replicó, no se movió de dónde estaba cuando ambos salimos de su apartamento.

Y fue al encaminarme al ascensor cuando oí repicar el timbre de su teléfono. Seguramente Riconti la llamaría para preguntarle por qué motivos no había ido aquella noche a la sala de juego.

En la calle, estacionado frente a la casa, había un «Ferrari» de carreras, último modelo, pintado en rojo brillante. Carol se acercó al automóvil y abrió la portezuela.

—Vamos, querido, sube.

Me acomodé a su lado, sin sustraerme a la tentación de mirar sus hermosas piernas, con la falda subida hasta medio muslo, con objeto de poder conducir con más libertad.

Arrancó suavemente.

—¿Dónde me llevas? —inquirí.

—A casa.

—¿Para qué?

Rió tenuemente mientras maniobraba por entre el intenso tráfico.

—¡Oh amor! —exclamó—. Como comprenderás, no estoy dispuesta a dejar a mi marido en medio de la calle, de noche completamente, y con tanta hermosa mujer circulando por ahí.

Callé, mirándola francamente.

Tenía un maravilloso perfil.

Tenía de todo para volver loco a cualquier hombre.

Incluso le sobraba. Pero era una de tantas. Una Alvia, tal vez una Donna o quizá algo peor.

Era también una aventurera.

Llegamos al apartamento en el más completo silencio.

Frente a frente, en el «living» y después que ella hubo servido bebidas, la miré mientras se quitaba el sombrero con el velo.

No me equivoqué, tenía un morado bajo el ojo derecho, y algunas magulladuras en su hermoso semblante.

Bebí un poco mientras ella se acomodaba frente a mí, cabalgando una pierna sobre la otra, con lo que mi respiración se aceleró al máximo.

—Bien, preciosa, explícate, ¿quieres?

Lentamente soltó el vaso en la mesita ratona y me miró

largamente.

—Quiero esas joyas, Cliff —dijo—. Tú sabes dónde están. Más claro, las tienes tú, escondidas en alguna parte. No pienso dejarte salir de aquí, hasta que me digas dónde están.

Me tocó reír a mí, pero mi risa no fue nada agradable.

Por lo menos es lo que pienso, ya que noté claramente cómo se estremecía.

—¿Cómo piensas impedir que salga de aquí, ricura?

Volvió a reír y se puso en pie. Vino hacia mí, tranquila, suave, deslizándose por el suelo con la misma elasticidad de un felino. Antes de que pudiera sospechar lo que pretendía, sentí sus brazos en mi cuello y el beso de fuego que me dio en los labios.

Pero se zafó cuando iba a prenderla por la cintura.

—Podría detenerte de esta manera, Cliff, pero no quiero hacerlo. No eres el hombre que yo deseo para marido, aunque me he casado contigo. Eres el instrumento que me va a lanzar a la cumbre, ¿comprendes?

—Sigue, querida. Es interesante lo que estás diciendo. ¿Si no piensas detenerme con tu endiablada hermosura, cosa que dudo consiguieras, puedes decirme cómo?

Volvió a sentarse.

—Eres un estúpido, Cliff —afirmó, sonriendo—. ¿Qué crees que he estado haciendo durante estas horas en que has estado vagabundeando por ahí, en busca de esa perra?

—Espero que tú lo digas —repliqué, en tono suave.

Tan suave como la brisa del mar.

—He redactado un artículo para el «Mirror», Cliff. Un artículo que va a levantar ronchas en el

F. B. I.

y en el Departamento de Homicidios de la Metropolitana.

Calló para mirarme al ver el efecto que habían producido en mí sus palabras. Creo que no le di el gusto de que pudiera averiguarlo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo, plumífera?

—Todo, Cliff. Ese informe lo he entregado a un amigo de redacción con la orden de ponerlo mañana en prensa. En él... —Me miró alegremente—. En él sugiero que la policía debía de interrogarte más a fondo sobre el asesinato de Alvia Callowan. Sobre todo, deben preguntarte por la pistola que la mató. Por tus

relaciones de ahora con cierta clase de bailarinas y cantantes. Indico también que es muy posible que sometidos a un careo entre tu actual esposa y tú mismo, o sea, entre tú y yo, es muy posible que pudieran encontrar un fallo en las explicaciones que le dio cierta señora al inspector

O'Connor,

del F.B.I. —Hizo una pausa y añadió—: Debo aclararte, Cliff, que aunque yo he escrito el artículo, por esta vez no lo firmaré. ¿Comprendes la idea?

La comprendía demasiado bien.

Me puse en pie y me acerqué. No se movió, pero sus ojos brillaron.

—Cuidado, Cliff —advirtió, fríamente—. Ahora tienes una posibilidad de que publique o no ese artículo. Puedes comprarlo con la mitad de las joyas. Sólo la mitad, Cliff. Con el resto puedes hacer lo que quieras. Como ves, me pongo en razón. Ahora bien: ponme de nuevo una mano encima, y no pararé hasta que tu carne de presidio vaya a parar a la cámara de gas. Y por si no lo sabes, te advierto también que, en un sobre aparte, que se abrirá tan pronto me suceda algo, declaro bajo juramento que tengo miedo de morir en manos de mi marido. En manos tuyas, Cliff.

Se levantó también y me miró de frente.

—¿Tienes algo que añadir? —terminó.

Vi cómo abría los ojos con asombro cuando repliqué calmosamente, aunque mi sangre ardía como el fuego:

—Sí, querida, bastante. Estás en lo cierto. El arma que mató a Alvia Callowan está en mi poder. Ahora voy a salir, ya que tengo una cita. Y no trates de impedirlo porque sería inútil. Sería inútil ya que si lo haces sólo conseguirás una cosa: publicar ese artículo, hacer que la policía me detenga, si pueden, pero tú te quedarás definitivamente sin las joyas. Ahora escucha bien: esa arma ha vuelto a ser usada. Lo hice yo hoy mismo. —Y a continuación relaté lo ocurrido en la quinta de Bennister—. Eso puedes añadirlo a tu informe. Puedes añadir también esto, y puedes citar que lo he dicho yo. Voy a acabar esta misma noche. Después puede que el último disparo sea para ti. Entre esos hermosos ojos.

Solté un respingo, porque ella no se inmutó. Simplemente dijo tenuemente:

—¿Te gustan? ¡Pero si nunca me lo habías dicho, Cliff! Creí que sólo eran mis piern...

—¡Vete al cuerno, paloma!

Di media vuelta y me acerqué a la puerta. No se movió. No intentó detenerme Tan sólo dijo:

—Hasta mañana a las diez, querido.

—Me llevo el «Ferrari», ricura.

Cuando creí que iba a decir algo en contra, ella abrió el bolso y me lanzó las llaves de contacto.

—Cúidalo bien, querido. Es un automóvil muy caro. Por otra parte, puede servirme a maravilla para salir del país cuando tenga las joyas.

Estaba segura de conseguirlas. Estaba segura de tener todos los resortes en la mano, y yo, aunque no lo había dicho, sabía por qué. Tan pronto como saliera de allí me mandaría seguir.

Lo haría hasta que se diera cuenta de que yo regresaba con las joyas. Caso contrario, le bastaba con denunciar su automóvil a la policía. Con decir que se lo había robado, bastaba para que en un tiempo inverosímilmente corto, todas las carreteras de entrada y salida de Las Vegas estuvieran bloqueadas.

Sólo cabía una solución: matarla.

Allí, en aquel mismo momento. Pero no me atreví. No sé por qué, pero no podía. Tal vez porque fuera mi esposa, aunque sólo de nombre. A pesar del afán de lucro que la guiaba a ella.

Ni por un momento dudé tampoco de que Carol había escrito aquello. Tampoco dudé de que lo había dejado en buenas manos, caso de que le ocurriera algo.

Sabía jugar. Desde luego, como lo había hecho ella, con todos los triunfos, cualquiera podía sentirse orgulloso de tener en las manos una escalera de color.

Salí sin mirarla, sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO XIII

De nuevo en la calle. Frente al «Ferrari».

Me senté al volante. Pensando.

Había dos soluciones. La primera, la más factible, antes de que algo saliera mal, antes de que la propia Carol tuviera tiempo de ponerse en contacto con alguien, era huir de Las Vegas por el camino del desierto dejando las cosas tal y como estaban.

La otra era acudir solo, completamente solo, a la cita que tenía concertada para aquella noche con Riconti.

Una cita mortal. Una cita que podía constituir mi muerte, si había sido él quien liquidó a Bennister y a Pete Duncan. Pero ¿y la mujer que yo había visto huyendo en el «Mercedes»?

Tenía una vaga sospecha. Pero ¿era posible aquello?

Conjeturas y más conjeturas.

Después de todo, ¿qué diablos me importaba a mi aquello? Yo no había ido a Las Vegas para descubrir a un asesino. Había ido a por unas joyas, como pago por los diez infernales años que había estado en la prisión federal de Alcatraz.

¿Qué me importaba todo lo demás?

Cierto que me buscaría la policía. ¿Y qué? Cuando se dieran cuenta estaría lejos, muy lejos. Pero ¿tendría tiempo?

Hasta el día siguiente a las diez de la mañana.

Y las joyas, ¿quién las tenía?

Alvia había muerto por saberlo, antes de que me dijera dónde estaban. Mientras ella vivió, creí saberlo, o al menos lo sospechaba. Pero después de muerta, ¿quién?

Aldo Riconti.

Tenía que ser él. Era el único que quedaba de la banda. El y sus dos guardaespaldas.

Arranqué suavemente viendo por el espejo retrovisor como un automóvil, «Austin», modelo mil novecientos sesenta se despegaba

del bordillo.

¿Policía?

Tal vez Carol, que me había estado vigilando desde mi salida por primera vez de su apartamento. Por eso había sabido dónde encontrarme. Poco menos que en brazos de Donna, si las cosas hubieran salido de diferente manera.

¿Qué importaba?

Volví a mirar. El «Austin» se mantenía a la misma distancia.

Empezaba la caza, pero yo no hice nada por acelerar. No hice nada por despistar al automóvil perseguidor.

De nuevo las luces, los anuncios luminosos, el bullicio de la calle Fremond. Las mujeres de la calle. Los «ganchos» de las salas de juego. Las mil y una mariposa nocturna llena de curvas peligrosas, con besos envenenados.

Las Vegas.

El infierno del juego de Nevada.

Aparqué el «Ferrari» frente al «Orleans». Abrí la portezuela y descendí dispuesto a cruzar la calle y entrar.

Había dos policías de uniforme junto a la puerta y mi corazón latió con violencia. ¿Habían descubierto ya los cadáveres de Bennister y Duncan junto a dos de sus secuaces? ¿Me estaban buscando a mí?

Pudiera ser, aunque no estaba seguro.

Me detuve a encender un cigarrillo mientras reflexionaba.

Creía que, de ser así,

O'Connor

se hubiera presentado en el apartamento de Carol para indagar dónde estaba, o para detenerme si estaba allí. Por otra parte, seguí razonando, la calle Fremond casi siempre estaba llena de policías de ronda.

Me decidí. Atravesé la calle recto a la entrada luminosa del «Orleans».

La pareja me miró de pasada, y mi corazón dejó de latir unos segundos. Seguía llevando la automática en el bolsillo trasero del pantalón y si me pescaban con ella, previa comprobación después en el Departamento de Balística, no tendría salvación, aunque tuviera los suficientes dólares para contratar a todos los abogados de la Unión.

No me dijeron nada, y entré suspirando satisfecho.

No miré la encerada pista. Tampoco los jugadores. Mi objetivo primero era la barra.

Me acodé a ella y pedí un «Manhattan». Empecé a beberlo pausadamente con los ojos fijos en la escalera que conducía al piso superior. Luego desvié la mirada y escudriñé atentamente el local.

Don Madison y Tex Pool estaban allí.

No jugaban ni parecían vigilar nada en particular.

Ambos estaban, cada uno al lado de una despampanante rubia. Sentí envidia por primera vez en mi vida y sin saber por qué.

Bebí el resto del «Manhattan» de un trago, pagué, y me deslicé por la barra hasta muy cerca de los cortinajes que casi ocultaban la escalera. Volví a mirar a los dos «gangsters». Pool estaba besando a una de las rubias, mientras la otra y Madison les miraban con regocijo.

Era una oportunidad para ver a Aldo Riconti sin sus dos perros guardianes.

Atravesé los cortinajes y empecé a subir. En el primer rellano deslicé la automática al bolsillo de la chaqueta. Sin apartar la mano de la culata del arma, seguí subiendo hasta alcanzar el pasillo.

Allí redoblé mis precauciones.

Pero no hubiera hecho falta. Aldo Riconti no estaba en su despacho. La puerta, abierta, mostraba su interior completamente a oscuras. Miré de un lado para otro del bien iluminado pasillo y entré cerrando la puerta a mi espalda.

Encendí la luz.

Todo estaba en orden. ¿Dónde se encontraba mi querido amigo Aldo?

Sentí que la furia me dominaba. Millón y medio de dólares y la muerte de Alvia.

De una mujer como Alvia. Todo amor todo fuego, todo caricias, aunque no era buena.

No era buena, no lo había sido, pero jamás intentó negarlo. Fue lo primero que quiso decirme después de diez años sin verme.

Hice un esfuerzo. No quería dejarme llevar por la cólera. Necesitaba tener despejada la cabeza.

Miré en torno.

Vacilé unos segundos, y entonces me encaminé a la mesa

despacho.

Los cajones estaban abiertos. Miré. Papeles. Papeles, facturas, contratos...

Papeles que hablaban de los asuntos del local, pero nada comprometedor.

En el cajón del centro me detuve más de lo ordinario, después de vaciarlo por completo. Con los dedos lo tanteé por todos lados buscando un posible doble fondo.

No lo encontré.

En vista de esto, giré hacia el archivo situado contra una de las paredes. Ponía las manos sobre él cuando Pool dijo a mi espalda:

—¡Cuernos, Ker! Confieso que la última persona que esperaba ver aquí era a ti.

Me volví para encararle. Pero lo hice lentamente, sin hacer un movimiento sospechoso, y no me equivoqué en esto. Pool, al lado de Madison, me estaba apuntando con una «German Luger», que posiblemente había sacado de la funda de la axila.

Sin dejar de mirarme, en el acto avanzaron unos pasos hacia el interior, y luego Madison se volvió para cerrar la puerta.

Cuando me miró de nuevo tenía una torcida sonrisa en la boca.

—Siéntate, Ker —dijo, suavemente—. Hablaremos un rato.

Lo hice, sin dejar de mirarles a los dos.

—¿Y después?

Pool enseñó los dientes en una mueca, mientras, y sin dejar de apuntarme, se sentaba a su vez.

—¿Después? —preguntó—. Ya no habrá después para ti.

—¿Vais a liquidarme?

Fue Madison quien dio la respuesta con otra pregunta:

—¿Tú qué crees, Ker?

—Que puede que lo hagáis. Pero ¿has pensado en las joyas, Madison?

Era una finta que me salió mal.

Ambos rieron como locos.

—¿Las joyas? —Fue Pool quien dio la respuesta—. Eres un imbécil, Ker, y mucho más si crees que nos vas a poder engañar. ¿Sabes por qué no está aquí Aldo?

—Cierra el pico, Pool.

El «gangster» se volvió para mirar a Madison. Fue solo un

segundo, por lo que no pude aprovechar la oportunidad de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta e intentar mandarles al infierno.

Casi en el acto volvió a mirarme, mientras replicaba:

—¿Por qué no se lo he de decir, Madison? —rió alegremente—. Aldo ha recibido una llamada telefónica esta noche, o, mejor dicho, llamó él. ¿Sabes? Ahora ya debe tener ese millón y medio de dólares en joyas. Unas joyas que tú no has tenido nunca. Es decir, tal vez las tuviste una vez, pero después perdiste la oportunidad.

Súbitamente, y como una llamarada que iluminara mi atrofiado cerebro, lo comprendí todo. Entonces maldije secamente.

Ambos rieron al unísono.

Esperé a que acabaran de hacerlo, y pregunté:

—¿Dónde ha ido Aldo?

Nueva risotada por parte de Madison, y después su respuesta:

—Creo que te vas a ir al infierno sin saberlo, Ker. Y es lástima. ¡Un chico como tú! ¿Por qué viniste a Las Vegas? ¿Qué pensabas? ¿Matarnos a todos e irte con el botín?

No contesté a aquella pregunta, pero sí formulé otra:

—¿Quién se ha cargado a Duncan y a Bennister?

Soltaron un respingo. Luego me miraron atentamente.

—Explica eso, Ker.

Ahora reí yo. No tenía ganas de hacerlo, pero reí.

A continuación, sin pausa alguna, relaté todo lo ocurrido en la quinta. Al terminar, ambos me miraban incrédulos.

—Estás mintiendo, Ker. Eso no es posible. Y si lo es, eres tú, inmundo coyote, quien los ha liquidado. Lo mismo que hubieras hecho con Aldo y con nosotros. —Pool movió la pistola—. Vamos, ponte en pie, rata.

Lo hizo él, a mi vez, mientras decía a Madison:

—Tú, cachéale. No quiero que este bastardo nos de una sorpresa.

Madison se acercó a mí, procurando no anteponerse en la línea de tiro de Pool.

Era una oportunidad.

Podía serlo. La única.

Muerto por muerto, lo mismo daba morir allí mismo que en cualquier carretera de las afueras, tirado como un perro en la cuneta.

Me preparé.

Madison se acercaba pausadamente.

—Vamos, Ker —dijo—. Sé buen chico y vuélvete de espaldas.

Estaba muy cerca. Miré la automática de Pool que no me perdía de vista con su negro y siniestro ojo. Empecé a girar despacio.

—Vamos, date prisa. No vamos a estar aquí toda la noche.

Fue Madison quien lo dijo. Madison, que estaba ya a mi lado. Entonces sucedió lo que esperaba. Alargó la mano para empujarme.

Rápido como una centella, lo sujeté por ella y tiré de él hacia mí, pasándole uno de mis brazos por el cuello.

Pool lanzó una maldición e hizo fuego.

Pero llegó tarde. Fue demasiado lento comparado conmigo, ya que en aquel preciso instante, Madison me estaba sirviendo de parapeto. Sentí cómo se estremecía entre mis brazos y comprendí que Pool le había acertado a la primera.

Sujetándole por el cuello, metí la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Pool debió adivinar lo que iba a ocurrir después, ya que disparó un par de veces más, lanzando otras tantas maldiciones.

Oí el escalofriante ruido del plomo al entrar en el cuerpo de Madison, y entonces disparé un par de veces.

Fue bastante. La frente de Pool se abrió como una granada, y se desplomó al suelo.

Casi en el acto dejé caer a Madison y me incliné sobre él para extraer de su axila la automática que llevaba. Me enderezaba de nuevo, cuando hasta mis oídos llegó la voz odiosa del inspector O'Connor:

—Será mejor que suelte ese arma, Ker. Ahora le he cogido con las...

No pudo decir más, disparé por debajo del brazo mientras giraba cara a él. El federal perdió el arma limpiamente, sin un solo rasguño.

Se miró la mano, lanzó una maldición y le atajé:

—Será mejor que se esté quieto, polizonte, y me deje en paz. No voy a dejarme detener. Vamos, quítese de en...

También me interrumpí. No tuve más remedio que hacerlo.

O'Connor

se lanzó sobre mí como una catapulta.

Pude haberlo matado. Pude disparar tranquilamente sobre él y volarle la cabeza de un balazo. Lo mismo que a Pool. Pero no lo hice. Simplemente esperé a que llegara y entonces extendí el brazo.

Unos instantes después, mis dedos entraban en contacto con su muñeca. Giré en redondo, me agaché, y
O'Connor

el digno inspector federal, voló por los aires hasta dar con su cuerpo contra la pared opuesta del despacho de Riconti.

Se deslizó mansamente hacia el suelo y quedó en él, flácido, y completamente inmóvil.

Todo había sido muy rápido. Tanto, que aún estaba pensando, yo mismo, en cómo había ocurrido todo, cuando me acerqué.

No estaba muerto. Simplemente, desmayado, pero a mi merced.

A mis pies tenía a uno de los hombres que más odiaba en el mundo. Al hombre que me había enviado durante diez años a presidio.

Podía matarle como a un perro. Con una de las últimas balas que quedaban en la automática que quitó la vida a Alvia.

Podía haber hecho con él muchas cosas, pero no las hice.

Simplemente me limité a atarle con los cordones de las cortinas, le amordacé con su propio pañuelo, salí del despacho después de cerrar la puerta con llave, y me alejé.

Pero no hacia la sala de juego, sino buscando la salida trasera del local.

Tenía que haber una. Sólo había que buscarla.

Andando por el pasillo respiré a pleno pulmón. Tenía un pequeño respiro. Tal vez unas cuantas horas antes de que alguien entrara en el despacho de Aldo Riconti, cuya luz dejé encendida para que sirviera de orientación.

Tal vez cinco o seis. Las suficientes para hacer lo que me había propuesto.

CAPÍTULO XIV

Otra vez en la calle.

Avancé rápidamente, pegado a las paredes. Doblé la primera esquina y miré, ya en la calle Fremond, al lugar donde tenía aparcado el «Ferrari».

No había policías a la vista, pero tenía que darme prisa. Mucha prisa.

Avancé hacia el automóvil.

De pasada, vi al «Austin» vacío, y comprendí.

O'Connor

había venido en él, siguiendo todos mis pasos. ¿Desde cuándo?

No lo sé, ni creo que me importara mucho en aquel entonces.

Subí al «Ferrari» y di el encendido. Cuando lo despegué del bordillo de la acera, miré por el espejo retrovisor. El «Austin» seguía en el mismo sitio.

No me había equivocado. El listo, el maravilloso inspector O'Connor

había venido solo. Eso le enseñaría a no confiarse otra vez, aunque estoy seguro de que no sería conmigo.

Volví a mirar cuando enfilaba la calle, buscando salida para encaminarme a aquel lugar.

El único donde debía ir.

Siempre mirando por el retrovisor, continué la marcha sin que al parecer nadie me siguiera.

Alcancé el número donde vivía Donna.

La mujer que había sido fiel a mi recuerdo. La mujer que siempre dijo amarme.

Encontré abierta la puerta que daba acceso a la escalera, cosa que me daba igual, ya que estaba dispuesto a forzarla.

Subí en el ascensor, y una vez en el pasillo, pisé tenuemente deseando ahogar en todo lo posible el rumor de mis pasos.

Aldo Riconti.

Aldo y Donna.

Una singular pareja. ¡La mejor a mi juicio!

Estaba abierta la puerta de su apartamento. Cerrada en apariencia, pero encajada de tal forma que no se apreciaba desde fuera. Por lo visto, la pareja ideal tenía tanta prisa, que no deseaba obstáculos. No deseaba perder los pocos segundos que serían necesarios para abrir la puerta.

¿Olvido?

No lo pensé. No razoné tampoco. La puerta cedía a mi mano y entré.

El llavín estaba puesto por dentro. Esto fue lo primero que vi. Por lo tanto cerré con llave y seguí adelante. Hacia el «*living*», cuya luz se filtraba por debajo de la puerta del mismo.

La abrí.

Aldo Riconti estaba allí.

Caído en el centro de la estancia, boca abajo, con la chaqueta empapada en sangre.

Encima de la mesa ratona, colocada junto al sofá, había un pequeño maletín.

Me sorprendió el cuadro que no esperaba. Por lo tanto perdí unos segundos vitales antes de reaccionar, y cuando quise hacerlo, fue demasiado tarde.

—Se bien venido, querido. Anda, pasa. Pero con cuidado. Sentiría darte el pasaporte en el acto.

Sus palabras las había acompañado con la presión de la automática en mi espalda.

Solté una maldición mientras empezaba a avanzar hacia el interior del «*living*».

—¡Párate ahí, Cliff!

Obedecí. Se notaba el bulto que hacía la automática en el bolsillo de la chaqueta, pero era la «Magnum» de Madison.

Por detrás de mí, mientras acentuaba la presión del cañón de su automática contra mis costillas, Donna introdujo la mano en dicho bolsillo y la sacó de él.

—Puedes sentarte si lo deseas, Cliff cariño.

Avancé sin decir palabra hasta el sofá, me volví cara a ella y me senté maldiciéndome in mente por lo estúpido que había sido, por

la prisa que tenía en aquel entonces.

—¿Y bien, Donna? —inquirí mirando el maletín.

No desvió la mirada ni el cañón de la automática cuando replicó:

—Exactamente lo que estás pensando, querido. Las joyas están en ese maletín. Y voy a largarme con ellas, ¿sabes? Voy a hacerlo en seguida. Tú te quedarás aquí. Cuando venga la bofia, yo estaré lejos. Lejos con millón y medio de dólares. ¿Sabías quién las tenía, Cliff?

—Lo sospeché siempre. Las tenía Alvia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Voy a matarte, amor. ¿Lo sabes?

—Sí. Pero ¿por qué?

—Deseas saberlo todo, ¿verdad?

—Sí. Claro. Es lo lógico, ¿no?

Me enseñó sus dientecillos en una sonrisa sardónica.

—Creí que ya lo sabías, Cliff —replicó—. Te creí entonces más listo que lo que verdaderamente eres.

—Estamos perdiendo el tiempo, ricura. Te diré que sé bastante de este asunto. Casi tanto como tú. El resto, bien poco por cierto, ¿por qué no me lo explicas?

Sin dejar de apuntarme se sentó en el pico de la mesa. Confieso que sus magníficas piernas, puestas de manifiesto en gran parte, no causaron en mí la menor impresión.

Toda mi atención estaba concentrada en la negra boca de la automática que empuñaba.

—¿Sabes quién montó todo este tinglado, Cliff? Entre los tres. Entre Aldo Riconti, Pete Duncan y Al Bennister. Todo fue por causa de Alvia. ¡La buena y hermosa Alvia con sus danzas de abanicos! ¡La magnífica y maravillosa Alvia! —rió quedamente y vi blanquear sus nudillos en la culata de la automática—. Bennister deseaba a Alvia, desde mucho antes que tú la conocieras, desde cuando ambos empezaban, él en los barrios bajos de Nueva York, y ella como cantante y buscona en todos los tugurios, Cliff. Pero a Alvia no le gustaba atarse a nadie, hasta que tú llegastes, cuando ya ella era alguien, y Duncan, Riconti y Bennister también.

»Bennister seguía detrás, viviendo como siempre, de todo lo que fuera bordear la ley, o salirse de ella. Con tu llegada, Alvia cambió.

Tú conseguiste todo lo que él no había conseguido en todos aquellos años. También por ella, querido, empezaste a codearte con toda clase de gentes.

»Siguió pasando el tiempo, hasta que un día, Aldo Riconti vio la posibilidad de urdir un buen atraco, y lo hizo. Le hacía falta, desde luego, un cabeza de turco. Tú, como amante de Alvia, eras el ideal. Sino para él, sí para Bennister.

»Mientras tú te emborrachabas, yo tomé tu automóvil y lo conduje al sitio previsto. Luego me puse de acuerdo con Alvia. O mejor dicho, fue ella la que se puso de acuerdo conmigo. Después de mucho discutir, me avine a telefonar a la policía.

»El F.B.I. se presentó en el lugar del suceso, sabiendo ya el número y matrícula de tu automóvil porque yo se lo di. Claro que calculé el tiempo en que tardarían en llegar. También, que cuando aparecieron, ya se había consumado el atraco. Hubo disparos, un par de agentes muertos, dos más de la banda, y una dispersión general. Riconti llevaba las joyas. Le perseguían de cerca y me las dio ya que nadie me había visto, y nadie podía relacionarme con nada de lo sucedido.

»Me escabullí con ellas. Dos horas más tarde me encontraron con un buen porrazo en la nuca de resultas del cual perdí el conocimiento. Dos horas, las mismas que tardé en llegar al lugar de reunión de la banda. Caí en el mismo portal. ¿Sabes por qué? Porque Alvia, obedeciendo al plan que habíamos previsto, me golpeó y se llevó las joyas. Todo por culpa tuya, Cliff.

»Yo dije a Riconti que me habías golpeado tú arrebatándomelas. Me costó mucho convencerle, pero como no me las encontraron, nada pudieron hacer. La policía te detuvo como cómplice del robo. Lo demás, lo sabes tan bien como yo.

—¿Entonces, Alvia...?

—Sí, querido. Alvia era de la banda. Lo mismo que yo. Pero no podíamos desligarnos de ellos. Eso significaba la muerte. Pero ella te quería a su modo, tanto, que no dudó en traicionarles urdiendo un plan que les dejara sin el botín, cuando se enteró de lo que habían tramado contra ti.

Quedé pensativo unos segundos. Poco era lo que tenía que preguntar, pero aún había algo.

—Y tú, Donna, ¿por qué lo hicisteis?

Rió quedamente, pero profundamente alegre, según pude colegir por su expresión.

—Es bien sencillo, amor. Cuando terminó tu proceso, y las cosas empezaron a tranquilizarse, me puse en contacto con Alvia. Sus primeras palabras fueron darme las gracias y decirme que obtendría mi recompensa tan pronto como salieras tú de Alcatraz. Me reí replicando que no hacía falta, que yo lo había hecho porque también te amaba —volvió a reír y prosiguió—: Por eso fingí, porque yo también tenía mi plan con respecto a las joyas. Quedármelas, ¿sabes? Por eso seguí fingiendo durante estos años, haciéndome fiel a tu recuerdo. ¡Imbéciles todos los que me creyeron! Fiel al recuerdo de las joyas. Millón y medio de dólares que iban a ser míos cuando salieras de Alcatraz —miró el maletín y añadió—. Y ahí están, Cliff. ¿Comprendes?

Sí, la comprendía demasiado bien.

Pregunté de nuevo:

—¿Quién mató a Alvia? ¿Lo sabes, Donna?

—Yo no, querido porque estaba contigo, aunque bien pudo ser por mi culpa.

—¿Cómo?

—Sí, tonto. Verás. Apenas dejastes a Alvia al día siguiente de presentarte en Las Vegas, ella me telefoneó aquí. Me dijo que habías regresado inopinadamente y que a pesar de Bennister, con el que se entendía desde que te «enchiqueraron», había hecho las paces contigo porque te quería. Le pregunté si te había dicho que ella tenía las joyas y me dijo que no. Que te encontró tan cambiado que tenía miedo de decírtelo. Procuré tranquilizarla, para saber a qué atenerme, y entonces afirmó que a la noche te lo contaría todo y que procuraría convencerte para que huyeras con ella de Las Vegas. Habló de mi recompensa por mi ayuda anterior y por mi silencio y me reí diciendo que no quería nada. Colgó, y yo telefoneé a Bennister. Bastó imbuirle la idea de que ella se iba a marchar contigo, y que tal vez te estuviera esperando para entregarte el botín que... —se interrumpió para reír y añadió—: También le dije que era muy posible, que después de golpearme a mí, tú le entregaras las joyas a ella con objeto de que te las guardara hasta tu regreso.

—Sí, así debió ser. Nunca creí que fueras tan zorra.

Me contestó con una risita.

—¿Deseas saber algo más?

—Muy poco ya, Donna. Entonces, cuando te vi, tú ya estabas enterada de mi llegada a Las Vegas, ¿verdad?

—Claro. Alvia me lo dijo por teléfono. Pero tenía que fingir ante ti y creo que lo hice bien. Incluso te llevé a mi apartamento. Creo... creo que aquella noche, yo ya sabía lo que le esperaba a Alvia. Hubiera llegado contigo a lo que no he llegado con ningún hombre, para impedirte volver con ella, por aquella noche. Pero la muy perra debió ver algo que no le gustó y telefoneó intuyendo que tú estarías conmigo. Pero llegastes tarde, para impedir su muerte.

—¿Después...?

—Después fue fácil, Cliff. Muy fácil. Liquidé a Duncan y a Bennister con ayuda de Halloway y Commer. Ambos estaban de mi parte. Tuve que hacer, además de pagar, algunas concesiones, pero no todas. ¡Cerdos! Me escondí porque te vi llegar desde una de las ventanas. Creí que acabarían contigo pero no fue así, y esto me convino aún más. Los liquidaste con una automática. Con la misma automática que sirvió para matar a Alvia. Tú mismo te has puesto la sogá al cuello.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he supuesto, querido. Leí los periódicos de Las Vegas. Después de dar cuenta del asesinato de Alvia, decían que no habían encontrado el arma en parte alguna. ¡Ata cabos, Cliff! Una de dos, o la tenía el asesino o la tenías tú, ya que debiste encontrarla muerta como así fue. Pero eras tú. Lo supe apenas te cargastes a aquellos dos cerdos. Tú no podías estar armado. No era posible. No podías comprar ni adquirir un arma en parte alguna, dado tus antecedentes de presidiario.

—Sí, fue así. Alvia estaba muerta y el asesino estaba allí. Me desmayó apenas entré. Luego... compuso la escena, salió y avisó a la policía. Pero no contó conque yo recobré el conocimiento mucho antes que llegaran. Me llevé la pistola. Una pistola que puede conducirme a la cámara de gas.

—¡Oh, no, querido! ¡Nada de eso! ¡Tú morirás aquí! ahora. Luego —miró el cadáver de Riconti—, compondré la escena. Puede que la policía crea después que os matasteis mutuamente.

Sentí asco y admiración por ella. Tenía la cabeza despejada. Era

inteligente. La más inteligente de cuantas mujeres había conocido.

Bajó del pico de la mesa y me miró.

—Lo siento, Cliff. Pero no puedo dejarte vivir. Diez años he estado esperando este momento. Diez...

La atajé.

—Un momento, Donna —dije—. ¿Por qué has matado a Riconti?

—Acabo de darte la explicación, amor. Riconti muerto va a ser el que acabe de ponerte la soga al cuello. Esta noche telefoneó apenas te fuistes para preguntar por qué no había ido. Le dije que había ocurrido algo importante. Que te había visto, y que tú me habías entregado las joyas para que te las guardara. Vino aquí, y le maté por la espalda cuando las estaba examinando. Después te hubiera telefoneado diciéndote lo mismo. Tú hubieras venido. El resto..., es fácil de deducir.

CAPÍTULO XV

Lo era.

Muy fácil.

Demasiado fácil, al menos para ella.

—Lo siento, Cliff —susurró—, pero tengo prisa. Deseo alcanzar el desierto antes del amanecer.

Permanecí sentado viendo la mueca siniestra de su boca. Luego, como tensaba el dedo en el gatillo, y entonces salté. Salté contra sus hermosas piernas no deseando morir como un perro.

La bala me produjo una rozadura en la sien, mientras rodábamos por el suelo.

Pero se zafó de mis manos escurriéndose como una anguila mientras de su boca empezaban a surgir un torrente de impropiedades y yo llevaba la mano al bolsillo trasero del pantalón.

Se deslizó por el suelo, rodando como una pelota y disparó de nuevo. Apenas si tuve tiempo de lanzarme en plancha hacia un lado, y aún así percibí claramente el zumbido de la bala junto a mi oreja.

La tercera, y teniéndola frente a mí, de rodillas, me dio en el hombro haciéndome dar una vuelta completa sobre mí mismo. Después disparé yo.

Cayó hacia atrás lanzando un gemido, y desde el suelo levantó de nuevo la «Magnum». Disparé otra vez. Otra y otra, hasta que el percutor golpeó en el vacío.

Entonces me puse en pie y la miré. Estaba muerta. Ya no volvería a hacer más daño a nadie. Ya no tendría el millón y medio de dólares. Ahora era mío. ¿O no?

Miré el arma que empuñaba. La automática que había matado a Alvia. La miré con asco, y luego la lancé al lado de Donna, tomé el maletín con las joyas, apagué la luz y salí.

A mi espalda quedaba todo. Mis huellas digitales, la opinión de

la policía con sus errores, y dos cadáveres, uno de los cuales estaba allí por causa mía.

Conmigo las joyas, y la herida del hombro.

Salí a la calle. Pensando. Podría ser que ya me estuvieran buscando por lo de Bennister, si es que ya habían descubierto los cadáveres en la quinta.

Junto al «Ferrari» de Carol, dejé caer el maletín en el asiento posterior y empuñé el volante con una sola mano. Lentamente me aparté del bordillo, y en todo el camino no dejé de mirar atrás, pero nadie me siguió.

Aparqué en la playa de estacionamiento, crucé la calzada y subí en el ascensor. Frente a aquella puerta, llevando el maletín en la mano, mientras la sangre me corría por el hombro empapándome la camiseta y la camisa por debajo de la chaqueta, busqué en el bolsillo hasta encontrar el llavín.

Abrí, y una vez dentro cerré a mi espalda.

Crucé el «*living*» después de encender las luces y me encaminé al dormitorio de ella. Carol estaba allí, durmiendo, con la hermosa mata de pelo desparramada sobre sus desnudos hombros.

Solté el maletín sobre la cama y la zarandeé, tapando su boca cuando la vi abrir los ojos.

Primero brillaron llenos de espanto, y luego se fueron calmando poco a poco. Entonces la solté.

Se sentó en la cama tapándose con la sábana hasta el cuello. No era la ocasión, pero al verla, sentí deseos de reír.

—¡Cliff!

Ceñudo señalé el maletín.

—Ahí tienes las joyas, ricura. No las he traído por miedo, porque tú también estás embarcada en esto. La cárcel para mí, significa también tu encierro.

—¿Que...?

—¡No me interrumpas! —atajé—. Tengo poco tiempo. Como te decía, puedes dejar de fingir. Ni por un segundo creí, a pesar del papel que me enseñaste, a pesar del certificado matrimonial, que tú estabas casada conmigo. No podías hacerlo en modo alguno ya que según tu propia confesión, estás en Las Vegas en vías de conseguir el divorcio. Por lo tanto, ese papel es falso. No me importa pero quiero que lo sepas. Que no soy tan tonto. No puedes casarte

conmigo porque ya lo estás. Si lo has hecho, macho peor. Cometiste el delito de bigamia, ricura, y ese delito también lo pena la Ley —callé unos segundos notando que vacilaba, que la herida me dolía a rabiar, y luego proseguí—. Puedes quedarte con ellas yo —acto seguido relaté todo lo ocurrido aquella noche—. Como ves, allí quedó todo. Quedó también una automática con mis huellas digitales. No creas que me importa. Diez años en Alcatraz le vuelven a uno muy duro. Ahora me voy, ricura. Tal vez a Río si consigo llegar. En cuanto a la policía, poco me importa en el concepto que me puedan tener. Poco me importa que me busquen. También me encerraron, y yo no cometí más delito que el querer, a mi modo, a una mujer, Carol. Querías las joyas, y ahí las tienes.

Retrocedí hasta la puerta, procurando que ella no se diera cuenta de que estaba herido. Me llamó al llegar al umbral.

—Cliff...

—¿Qué quieres? ¿Las joyas? Ahí las tienes. ¡Cómetelas o devuélvelas! Anda, hazlo si no temes verte comprometida en esto. Yo no las quiero, no las necesito. No las quise nunca, al menos para mí.

—Pero Cliff... ¿Es que no hay modo de arreglar esto?

—¿Sabes que no? ¿Quién me creería a mí? Nadie, ricura.

—Cliff...

—¡Cuernos!

—Espera un segundo..., por favor. No es cierto, ¿sabes? Me refiero a lo que te dije. Estoy casada, pero contigo. Yo..., era soltera, ¿entiendes?

—¿Quieres decir que...? ¿Pero...?

—Sí, Cliff. Si fueras mujer, sabrías que en Reno, Las Vegas, y algunos otros sitios análogos, una mujer tiene más posibilidades con los hombres diciendo que es divorciada o en vías de estarlo, que no afirmando estar soltera. Por eso mentí. Y no falló tampoco contigo.

Podía decir la verdad, pero ya daba todo lo mismo. Ella quería las joyas y allí estaban. En la cama.

—Me llevo tu «Ferrari» —fue lo que repliqué—. Espero que a cambio de ese millón y medio, no me denuncies a la policía como ladrón de automóviles. Aunque a estas alturas...

Salí cerrando suavemente.

Amanecía, cuando cruzaba el dormido Baker a ciento cuarenta

millas por hora. Por primera vez en muchos años tenía la suerte de cara.

Brasil.

Río.

Río de Janeiro.

El café, la «Marimba».

Entonces le vi. De espaldas a mí. Vestido con un traje blanco de irreprochable corte.

El sombrero estaba a su lado, encima de la mesa. Junto a éste, y frente a él, un alto vaso con cualquier bebida refrescante, de color rosa.

Me acerqué lentamente. No le veía de frente, pero en aquellos ocho meses, ha cambiado un poco. Antes sólo tenía hebras de plata en las sienes. Ahora las hay también encima de su cabeza.

Mi corazón latía como un loco. Yo, apenas se fue, supe cuál era mi deber. Pero ¿y él? ¿Perdonaría?

Muy lentamente di la vuelta en torno a la mesa y le miré de frente. Estaba ensimismado en la lectura de una novela, novela que no había visto, ya que como digo le tenía de espaldas.

La sombra de mi cuerpo se proyectó sobre la mesa. Fue bastante. Cliff Ker levantó los ojos del papel impreso y me miró.

Arqueó levemente una ceja. Eso fue el único movimiento de su rostro, para reflejar la sorpresa que indudablemente sentía.

Inmediatamente se puso en pie.

—Bienvenida a Río, Carol —dije—. Si confieso la verdad, te diré que nunca esperé verte por aquí.

Me alargó una silla y me apresuré a sentarme, notando que mis piernas empezaban a flaquear.

—Sí, he tardado, pero he venido. Comprendo que...

—¿Para qué, Carol?

Mientras se sentaba repliqué.

—Soy tu esposa, Cliff. He comprendido cuál es mi deber.

Me miró durante unos segundos y sentí que mi rostro se coloreaba ante la intensidad de su mirada. Debíó notarlo porque apartó los ojos y se lo agradecí. Acto seguido hizo una seña y un minuto después un obsequioso barman me preguntaba qué iba a tomar.

No recuerdo lo que pedí.

—¿Piensas quedarte en Río?

La pregunta me sobresaltó inmensamente.

—Pienso quedarme contigo, si tú no me echas Cliff.

—¿Yo...?

Rió de manera desagradable.

—Cliff... yo...

—No te esfuerces, Carol. Puedes quedarte, pero no con las joyas.

Tíralas al infierno pero...

Mi risa le cortó.

—Pero, Cliff —dije—. Yo no tengo las joyas, querido. Las devolví a la policía. Dije..., bueno, dije la verdad sobre tu visita. Lo conté todo. Pero...

—No te han creído, ¿verdad?

—Oficialmente no, Cliff. Pero sé que

O'Connor

ha dado carpetazo al asunto, tal vez por alguna orden de Washington.

—¿Es cierto eso?

—Sí, Cliff —repliqué—. Pero aún hay más. Cobré, ¿sabes? No tuve más remedio que cobrar por ellas.

—¿Qué...?

—Sí. Verás; esas joyas estaban aseguradas. La empresa aseguradora pagó al dueño su importe cuando se perdió toda esperanza de recuperarlas. Y fue esta misma empresa la que ofreció una prima de cincuenta mil dólares a aquel que las recuperara o diera una pista para su recuperación. Me pagaron y los llevo conmigo. Si tú no quieres, se pueden devolver.

No me replicó. Simplemente se puso en pie y vino a mi lado. Levanté los ojos.

—Vamos, Carol.

Le imité sin atreverme a tomarle del brazo.

—¿A dónde, Cliff?

—Verás... Tengo algunos negocios en Río, ¿sabes? Van bien. Tanto que he podido comprar un pequeño «*bungalow*» en las afueras. Espero que te guste.

Mi corazón daba saltos en mi pecho, y por unos segundos creí que mi ceñido vestido no pudiera resistirlo.

Cliff pagó la consumición y nos alejamos lentamente.

El «*bungalow*» era magnifico. Ya tuve esta impresión apenas si le vi desde la carretera. Y me gustó mucho más por dentro.

Pero antes, él, Cliff, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar.

En el *hall* nos miramos. Creo que como dos extraños. Yo comprendía que alguien tenía que tomar la iniciativa. Comprendí también que tenía que ser yo quien lo hiciera.

No vacilé.

Avancé un par de pasos y me eché materialmente en sus brazos.

Pero eso no era todo.

No lo fue en mucho tiempo. En largos meses.

Pero ahora, al cabo de año y medio de vivir juntos, cuando sabe que voy a darle nuestro primer hijo, cuando veo de la forma que me mira, cómo me mima, estoy segura que me quiere, y que me ha perdonado.

Procuro ayudarle, y estoy empezando a ser feliz. El fantasma del pasado se está alejando poco a poco de la mente de Cliff, aunque yo, sé que de vez en cuando recuerda los Estados Unidos, a los que nunca volverá.

También sé que su viejo refrán: «No te fíes de las damas», ha desaparecido definitivamente de su mente.

Sí, pensándolo bien, creo que ya es hora de que yo contribuya en algo, poniendo la palabra final de nuestra historia.

FIN

A. Rolcest
**El tributo de
la muerte**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Interprete sus sueños
Papas y concilios
La grafología
Historia del Club de Fútbol
Barcelona
Los cohetes
Timos
Historia del Real Madrid

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

820 — Corín Tellado
LA SECRETARIA DE MI
MARIDO

COLEC. "MADREPERLA"

716 — Bautista Lacasa
LOS AMORES DE SILVIA

COLECCION "ROSAURA"

660 — M.^a Esperanza Neyra
PEQUEÑA FLOR

COLECCION "ANAPOLA"

547 — María Teresa Sesé
UN HOMBRE FRIJO

COLECCION "ALONDRA"

481 — Marisa Villardefrancos
AMANECER EN SUS ALMAS

COLECCION "CAMELIA"

422 — María Morgan
PARA SIEMPRE AMOR

COLECCION "CORAL"

97 — Corín Tellado
LA ULTIMA NOCHE

COLECCION "CORAL"

98 — Corín Tellado
¡PORQUE NO ERES COMO
TODOS!

COLECCION "BISONTE"

761 — Sam Fletcher
EL ARBOL DE LA MUERTE

COL. "SERVICIO SECRETO"

626 — Joe Mogar
NO TE FIES DE LAS
DAMAS

COLECCION "BUFALO"

458 — M. Lafuente Estefanía
CAZADOS EN LA
FRONTERA

COLECCION "TEXAS"

326 — Alf. Regaldie
LLEGO UN PRESIDARIO

COLECCION "COLORADO"

250 — M. Lafuente Estefanía
CUMPLIENDO UN
JURAMENTO

COLECCION "KANSAS"

216 — Keith Luger
LOS CODICIOSOS

COLECCION "CALIFORNIA"

305 — M. Lafuente Estefanía
EL PISTOLERO DEL
NOROESTE

Col. "HEROES DEL OESTE"

198 — M. Lafuente Estefanía
DODGE CITY, TIERRA
DE PISTOLEROS

COL. "ASES DEL OESTE"

168 — Silver Kane
CAMELIAS PARA LA
MUERTA

COLEC. "BRAVO OESTE"

80 — Mikky Roberts
SEIS MUERTOS EN EL
"COLT"

COLEC. "PUNTO ROJO"

14 — Keith Luger
NOCHES DE PANICO

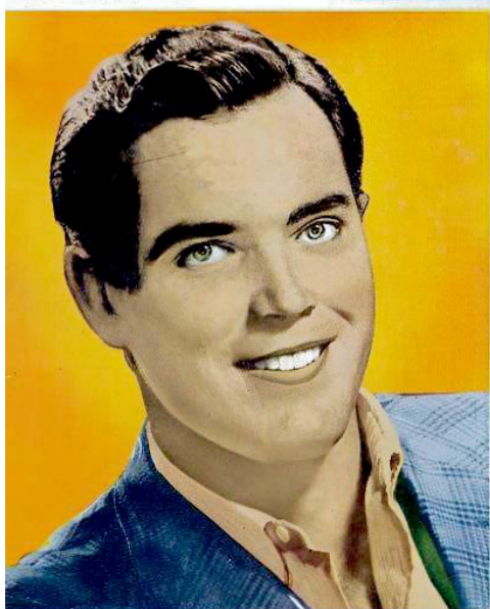
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMÁ.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



Henry H. McKinnies Jr., verdadero nombre de este actor, nació en Nueva Orleans un 25 de noviembre. Últimamente le hemos visto en "El sargento negro", y la última película que ha rodado es "Rey de reyes".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

